

“Contar a grandes rasgos la historia de la razón humana en los tiempos que anduvo separada de la revelación, para compararla con la historia de la misma razón iluminada por los resplandores de la fe divina.”

DISCURSO

LEIDO EN LA

APERTURA ANUAL DE LOS ESTUDIOS

DE LA

REAL Y PONTIFICIA UNIVERSIDAD DE SANTO TOMAS DE MANILA

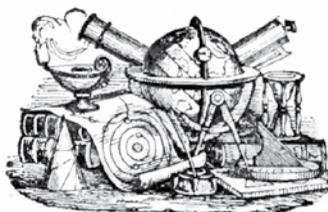
EL DIA 2 DE JULIO DE 1881

FOR EL

R. P. Fr. Genaro Buitrago de la Rosa

DEL ORDEN DE PREDICADORES

PROFESOR EN LA MISMA UNIVERSIDAD



—(Edición Oficial)—

MANILA

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DEL COLEGIO DE STO. TOMÁS

À CARGO DE D. GERVASIO MEMIJE

1881

Fides rationem ab erroribus liberat ac tuetur; eamque multiplici cognitione instruit. VATICANA SYNODUS—*const. dogm. de Fid. Cath., cap. 4.*

EXCMO SR.:

ILLMO. CLAUSTRO:

SEÑORES:

Un imperioso mandato, al que no me es dado resistir, me ha puesto en el duro trance de salir de la oscuridad de mi existencia, y ocupar por vez primera esta tribuna, que ha sido honrada por tantos sabios.

Creedme, señores, porque os hablo con toda sinceridad: causa en mi ánimo profundo estremecimiento la difícil tarea de pronunciar un discurso ante un Colegio de sabios Profesores, y ante un público tan ilustrado como el que me honra con su presencia.

Pero la indulgencia es propia de corazones bien nacidos, y no me la negaréis a mí, que en esta ocasión tanto la necesito, sabiendo disimular el que mi pobre é insignificante trabajo no se halle a la altura que vuestra ilustración reclama.

Antes, empero, de revelaros el tema de mi discurso, cumpliendo con un deber reglamentario, os referiré los progresos de la enseñanza en esta Real y Pontificia Universidad.⁽¹⁾

Pláceme, en primer término, felicitar mis dignísimos compañeros en el Profesorado, por el éxito halagüeño que en los últimos exámenes han obtenido, como premio a los trabajos que lleva consigo el magisterio. Las medallas que dentro de poco se acercarán a recibir los aventajados jóvenes que toman asiento en nuestras aulas, si en el pecho del escolar son un lauro ganado en la más noble de las lides, son también un motivo del más legítimo orgullo para los Profesores, que han sabido hacer fructificar la semilla de la ciencia.

Por lo que se refiere a la enseñanza de las ciencias físicas y naturales, cábeme la satisfacción de anunciaros, que tanto los Gabinetes de Física y Museos de Historia Natural de esta Universidad y del Colegio que tienen a su cargo los beneméritos PP. de la Compañía de Jesús, como los Laboratorios de Química establecidos en el Real Colegio de S. José, han sido mejorados con la adquisición de nuevos materiales de instrucción, tan necesarios para el mejor adelantamiento en unas ciencias hoy día tan importantes.

⁽¹⁾ V. *Reglamento de Segunda Enseñanza*, Tit. II, cap. 1, art. 43.

Particularmente el Gabinete de Física de esta Universidad ha sido aumentado, hace poco más de un año, con una verdadera riqueza en multitud de aparatos de última perfección, pertenecientes a todos los tratados que comprende la Física experimental.

En la parte de la electricidad, merecen especial mención, una máquina de electricidad estática, de Carré, que siendo poco sensible a los efectos de la humedad del aire, puede funcionar en todos tiempos, aun en los más húmedos; resolviéndose de esta manera la dificultad con que tropezaban en este país todas las máquinas anteriores. En segundo lugar dos máquinas dinamo-eléctricas, de Gramme, una en pequeño para las necesidades ordinarias de un Gabinete, y otra de mayores dimensiones, para producir luz eléctrica, y cuyos magníficos resultados pudo admirar el público de Manila en las fiestas celebradas este año el día de Sto. Tomás de Aquino. Finalmente, también poseemos el único Fonógrafo que ha llegado a estas playas, el cual, si bien no pasa de ser un simple modelo, sirve, no obstante, para demostrar prácticamente muchos fenómenos de la acústica, y admirar el prodigioso invento del Sr. Edison.

Satisfechas de este modo las prescripciones reglamentarias, paso a revelaros el asunto en que pienso ocuparme en estos momentos.

Entre la multitud de cuestiones que se agitan hoy día en el extenso campo de la ciencia, fácilmente hubiera yo podido encontrar alguna que fuera digna de llamar la atención de los sabios Profesores que me escuchan.

Pero, señores, yo no he de traer a este sitio asuntos que se hallan al alcance de sólo los hombres del saber.

Un discurso de apertura de estudios, dirígese principalmente a la estudiosa juventud, que desea ver franqueadas las puertas de las aulas, para iniciarse en los misterios de la ciencia.

Quédese para las cátedras y para los Ateneos el ventilar magistralmente las grandes cuestiones de la filosofía y de las ciencias naturales.

Quiero tratar un asunto, que, no siendo del todo inútil para la generalidad de los sabios, pueda ser muy provechoso para todos los jóvenes que me escuchan, cualesquiera que sean las carreras científicas a que se dediquen.

Así pues, convencido como estoy de que la nube de errores que oscurece el cielo hermoso de la ciencia, así como también los males que afligen a la sociedad contemporánea, tienen su origen en el racionalismo, me propongo combatir ese

error monstruo, que despreciando toda autoridad divina, y proclamando la absoluta independencia de la razón, la extravió de los senderos de la verdad y la sepultó en los abismos de los errores más groseros.⁽¹⁾

Pero os he dicho que yo no quintero traer a este lugar cuestiones de alta filosofía. Por eso el tema que he señalado a mi discurso lo desarrollaré, no desde el punto de vista teológico ni filosófico, sino llevando la cuestión a los campos de la historia. De esta manera, a la vez que seré más accesible a todos cuantos me escuchan, podré dar a mi discurso los atractivos de la variedad.

Yo os contaré, aunque a grandes rasgos, la historia de la razón humana en los tiempos que anduvo separada de la revelación, para que la comparéis con la historia de la Misma razón iluminada por los resplandores de la fe divina.

I

¡Qué origen tan noble el origen de la razón humana! Vivo destello de aquella luz increada, que ilumina, y da vida, y ser a todas las criaturas, habíasele dado el cetro de la creación, para que se deleitara por el mar anchuroso de sus maravillas, y cantara las armonías de los cielos, y las bellezas de la tierra, y dictara leyes, y nombrara con su nombre a los moradores todos del globo, hasta que llegara el ha remontar su vuelo hasta el trono de Dios, y descansar allí, a sus plantas, en la clara visión de su eterna hermosura.

Empero, engreído el hombre con el conocimiento de su nobleza, acarició con deleite un pensamiento de soberbia; y desde entonces, roto en sus manos el cetro augusto, vivió extranjero en sus estados, y caminó triste y lloroso por los difíciles senderos de la vida. Oscurecido por afectos impuros el brillo de su inteligencia, apenas si se remonta alguna vez hasta el Eterno para beber allí la ciencia de Dios, que es su vida; sino que se arrastra las más de las veces por el lodo, convertido en juguete de la carne, y hecho esclavo de las pasiones.

⁽¹⁾ Véase lo que escribía a este propósito el Sr. Guizot: «Quelle est, au fond et religeusement parlant, la grande question, la question suprême qui préoccupe aujourd'hui les esprits? C'est la question posée entre ceux qui reconnaissent et ceux qui ne reconnaissent pas un ordre surnaturel, certain et souverain, quoique impenetrable á la raison humaine; la question posée... entre le supernaturalisme et le rationalisme. D'un côté, les incrédules, les pantheistes, les sceptiques de toute sorte, les purs rationalistes; de l'autre, les chrétiens... Il faut, pour notre salut présent et futur que le respect et la soumission á l'ordre surnaturel rentrent dans le monde et dans l'âme humaine».—M. GUIZOT, *Méditations et Etudes morales*, Préface.

El pecado oscureció con sus nieblas el cielo hermoso de la verdad, y empañó con sus vapores la luz clara de la inteligencia humana. La historia de las vicisitudes de esa luz es la historia del mundo.

Y ¡qué historia! señores. Si alguna vez fijamos nuestra vista en los pueblos que cayeron al otro lado de la Cruz, oprímese el corazón de angustia, cubre el rubor nuestras mejillas, y escapase del pecho esta espontánea exclamación: ¡qué flaca es la inteligencia humana cuando se desvía de los caminos del Señor! Diríase al ver tanta maldad, tanto desvarío, y tan degradante ceguera, que era natural al hombre el vivir envuelto en el cieno de las pasiones; que el error era el alimento propio de su inteligencia; y que su voluntad no se saciaba sino con la posesión de todo lo malo.

Pero, señores, a pesar de la repugnancia que ha de sentir nuestro amor propio al revolver tales miserias, y al vernos frente a frente con nuestras ignominias, es necesario descorrer algún tanto el velo y poner de manifiesto nuestras flaquezas, para que conociendo los abismos insondables en que caímos cuando, cerrados los ojos a la luz del cielo, anduvimos errantes, como nave sin timón en medio de una noche oscura y tempestuosa, enmudezcan para siempre los panegiristas de la razón emancipada, y nosotros conozcamos y sepamos apreciar más y más el don inestimable de la fe, que ilumina nuestras almas.

Los estrechos límites de un discurso no me permiten trazar la historia de la razón entre los chinos, los persas, los egipcios y todos los otros pueblos de la gentilidad. Aunque tampoco sería necesario; pues siendo por una parte generalmente desconocida, por haber caminado siempre entre las sombras del misterio, por otro lado, no son esos pueblos el arsenal a donde van a buscar sus armas los racionalistas de nuestros días para combatir la revelación. Vamos a buscarlos a sus mismas trincheras. Vamos a examinar los frutos de la razón en aquellos dos grandes pueblos de la antigüedad, Grecia y Roma. Su filosofía nos es perfectamente conocida. Nadie, por tanto, podrá oponernos que no se la juzga con perfecto conocimiento de causa. (a)⁽¹⁾

Y bien, señores: ¿qué verdades legó al mundo la filosofía griega? ¿qué adelantos llevó a la ciencia la filosofía de Roma?

El Apóstol de los gentiles, que era perfecto conocedor del mundo pagano, ha condensado en estas pocas palabras los trabajos de la filosofía antigua: «Los griegos buscan la sabiduría, y llamándose a sí mismos sabios, no han llegado sino a la locura».⁽²⁾

⁽¹⁾ Hemos colocado al fin del discurso las notas de alguna extensión con el objeto de no interrumpir el texto.

⁽²⁾ 1.^a AD COR. 1. 22.—AD ROM. 1. 22.

¿Os parece demasiado severo este juicio? Pues escuchad a Cicerón juzgando a los mismos filósofos: «Nada se puede pensar ni tan absurdo, ni tan extravagante que no haya sido enseñado por algún filósofo».⁽³⁾

Antes de pasar adelante, es necesario no perder de vista una observación importantísima.

Por más que el hombre fuera arrojado ignominiosamente de los campos del Edén, el Señor en su compasiva misericordia, no consintió que la razón humana quedara absolutamente sola y abandonada a sus propios esfuerzos.

Por eso, además de haber conservado el depósito de la revelación primitiva, foco precioso de luz divina, que conteniendo riquísimo caudal de todas las verdades necesarias, podía iluminar a todos los pueblos de la tierra que se habían de suceder en el trascurso de los siglos, también suscitó de tiempo en tiempo hombres de genio extraordinario, para que purificaran la verdad de los errores que la humana flaqueza pudiera introducir en los campos del saber, y dotaran a la ciencia con el descubrimiento de otras verdades.

«El apostolado de la verdad, ha dicho un profundo pensador, es tan antiguo como el mundo. El primer hombre fue su primer apóstol y la transmitió hasta el Patriarca del diluvio. De las llanuras de Senaar salieron después los hijos de la dispersión, llevando consigo hasta los confines de la tierra los fragmentos de la verdad divina; y mientras por una parte llamaba Dios al pastor de la Caldea para constituirle con su pueblo depositario fiel de su palabra, hacía aparecer también de pueblo en pueblo y de siglo en siglo algunos genios superiores, destinados a conservar la verdad primitiva, siquiera incompleta y desfigurada. Zoroastro y Pitágoras, Platón y Aristóteles, Cicerón y Epitecto, son como piedras miliarias colocadas por la Providencia para indicar al hombre el camino entre sombras y oscuridades».⁽¹⁾

Aquí tenéis, señores, la clave para explicar una contradicción que salta a primera vista, cuando, al estudiar las obras de los filósofos y poetas de la antigüedad, al lado de los errores más absurdos, nos encontramos con brillantes páginas llenas de las más sublimes verdades. Hay que distinguir en ellos dos personas: al filósofo que disputa en las Academias, y al orador ó al historiador intérprete de las creencias populares.⁽²⁾

⁽³⁾ Nihil tam absurdum dici potest quod non dicatur ab aliquo philosophorum. —CICERO. De *Divin.* 11. 58.

⁽¹⁾ P. ZEFERINO. *Estudios religiosos, filos. científ. y sociales.* T.º 2.º pag. 312.

En efecto: así para los poetas como para los filósofos, cuando se inspiraban en las tradiciones del pueblo, Júpiter no era el Júpiter adúltero de la mitología, sino el Jehová, ó poco menos, de los hebreos: era el Dios más grande, el más perfecto: *Deus optimus maximus*, como lo llama Cicerón: la razón eterna, el Dios soberano: *ratio æterna summi Jovis*; el autor y conservador de los pueblos, de las ciudades y de los imperios.

El hombre tenía un origen divino. «Este animal que llamamos hombre, escribe el mismo Cicerón, previsor sagaz, sutil, dotado de memoria y de otras facultades, que posee un espíritu lleno de razón y de sabiduría, ha sido de una manera inefable y magnífica *engendrado por el mismo Dios.*»

Séneca llama a los primeros humanos, «hombres de alto espíritu, porque habían salido *inmediatamente de la mano de los dioses.*»

Lucano afirmaba que el mismo Dios que había criado al hombre, «le había dado desde el primer instante todos los conocimientos que era capaz de recibir.»

«Quiera el cielo, exclama Sófocles en la tragedia Edipo, quiera el cielo concederme la dicha de poder guardar siempre la santidad de mis acciones conforme a las leyes sublimes que han bajado del cielo; porque de ellas es autor el padre del Olimpo. Jamás podrá borrarlas el olvido; porque ellas no proceden del hombre. ¡Oh Dios mío! a ti invoco, en ti pondré yo mi esperanza, para obtener todo socorro.» (b)

Estas bellas palabras de Sófocles eran acogidas en Atenas entre los mayores aplausos, todas las veces que se repetían en el teatro. Y era que los atenienses tenían las mismas creencias que él, poeta manifestaba en sus versos.

La poesía, entre los antiguos, se apoderaba de las tradiciones del pueblo, y se las devolvía revestidas de metáforas, de fábulas, de alegorías y de todas las galas de la imaginación.

Es verdad que las locuras y ridiculeces de la mitología alteraron sobremanera las verdades reveladas, y con la multitud innumerable de dioses ridículos, obscenos y protectores de todos los crímenes, sembraron en el pueblo los gérmenes de la inmoralidad y la corrupción; pero en medio de aquel océano revuelto de errores, de fábulas, y supersticiones que por todas partes manchaban la superficie de la tierra, vése la mano de la Providencia conservando siempre enhiesto el faro inextinguible de la verdad revelada, encendido desde el principio de los tiempos para que fuera luz y guía en medio de las tinieblas de este mundo.

Esto dijeron los grandes talentos de la antigüedad iluminados por los ya pálidos reflejos de la revelación primitiva. Tiempo es ya de que os presente los frutos

de la razón, cuando libre y emancipada de toda autoridad, se lanzó sola, y confiada en sus propias fuerzas a los inmensos campos de la ciencia. (c)

Preparad, señores, vuestros ánimos con una buena dosis de paciencia, porque vais a oír cosas estupendas. Tan estupendas, que temeroso de que alguno no se atreva a dar crédito á mis palabras, voy a escudarme con la autoridad de uno de los hombres más eminentes que florecieron en los tiempos del paganismo.

Cicerón era tan profundo filósofo como orador elocuente. Habiendo hecho todos sus estudios en las escuelas de Atenas, dedicóse después con toda la intensidad de su privilegiado talento al estudio de los filósofos y literatos griegos, y en particular de Platón, a quien amaba hasta el delirio.

Nadie, por tanto, podrá acusar de malevolencia, ni mala fe, los anatemas que éste grande hombre fulmina contra la filosofía de su tiempo.

Y bien, señores: ¿a qué altura se colocaron aquellos grandes hombres del paganismo? qué horizontes descubrieron? qué luces derramaron sobre la filosofía? qué soluciones encontraron para las grandes é interesantísimas cuestiones de la ciencia, relativas a Dios, al hombre y a la sociedad?

«Entre la multitud de cuestiones, escribe Cicerón, que ha entablado la filosofía sin haberlas podido resolver jamás, una de las más difíciles y oscuras, es la que se refiere a *la naturaleza de los dioses*: Sobre este punto han emitido los hombres más doctos tantas opiniones, tan diversas y tan contradictorias entre sí, que por este sólo hecho está uno autorizado para pensar, que el principio de toda filosofía es la necedad, y que los académicos son muy cuerdos en negar su asentimiento a las doctrinas filosóficas, como a cosas inciertas y oscuras».

Después de esta introducción, que es el más terrible anatema lanzado contra la filosofía racionalista de todos los tiempos, prosigue de esta manera: «Y ¿queréis conocer estas opiniones?—Yo os las contaré; pero os advierto que vais a oír extravagancias febriles de hombres que sueñan, más bien que brillantes y maravillosos pensamientos de filósofos que razonan».⁽¹⁾

«La estupidez de los platónicos es asombrosa. Para ellos Dios debe ser de figura redonda; porque para Platón la figura redonda es la más bella y perfecta. Mas, qué podrá responderme Platón si yo afirmo que Dios debe ser de una figura cónica, cilíndrica, piramidal ó cuadrada, por parecerme a mí que cualquiera de estas figuras es la más hermosa y perfecta?»

⁽¹⁾ Audite portenta et miiacula, non disserentium philosophorum sed somniantium. —*De Nat. Deor.* lib. 1.

«Anaximandro piensa que los dioses, con intervalos diferentes, nacen y mueren como los hombres: y Crotoniato dijo que el sol, la luna, las estrellas y las almas de los hombres eran otros tantos dioses. ¿Mas puede sufrirse semejante extravagancia, que atribuye a cosas mortales la divinidad y la inmortalidad?»

« Pitágoras dice que Dios es una grande alma infundida y mezclada con la naturaleza corporal: que de esta alma, como partes salidas de un todo, nacen nuestras almas; de suerte que este pobre Dios, se ve obligado a cada instante a dejarse desgarrar y hacer girones. Además: ¿cómo explicará Pitágoras nuestra grande ignorancia, si somos una parte de ese Dios, si somos el mismo Dios que todo lo sabe?»

«Nada os diré de Empédocles que ha hecho cuatro dioses de los cuatro elementos, y creyendo haber razonado mejor que los demás, se engañó más vergonzosamente que todos. Pongamos también fuera de cuestión a Protágoras, porque él mismo confiesa que ignora si habrá ó no habrá dioses, ni cuál sea su naturaleza. Hagamos lo mismo con Demócrito, porque habiendo dicho que no hay ninguna cosa eterna, sino que todo es variable y mudable, ha quitado por completo a Dios del mundo.»

«Finalmente, veamos la fijeza de ideas que tenía el estoico Zenon. Alguna vez dijo que sólo pertenecía a los filósofos de su temple tener una opinión cierta, determinada y siempre la misma respecto de la divinidad. Y sin embargo, durante algún tiempo dijo que el aire era su Dios. Después, una cierta razón que rodeaba y penetraba a toda la naturaleza. Más tarde, unas veces dijo que eran los astros, otras, los años, los meses y las estaciones. Y después de haber creado y adorado a tantos dioses, acabó por negarlos todos, diciendo que nadie había tenido jamás idea ni conocimiento alguno de Dios.»

Continúa después enumerando otras muchas opiniones, que yo no os referiré, porque sería demasiado enojoso para vosotros continuar escuchando tantas y tantas necedades, y viene a concluir de esta manera: «He referido, no sentencias de filósofos, sino locuras de hombres que sueñan. En verdad que las fábulas escandalosas de los poetas, que tanto mal han hecho a las costumbres con su engañosa dulzura, no son ni más deformes, ni más absurdas que los monstruosos errores de los filósofos.»
(d)

Pero, señores, hasta ahora Cicerón no ha hecho otra cosa que reírse y burlarse de las opiniones que ha referido y de los sabios que las inventaron. Réstanos saber cuál era la suya; qué había descubierto él mismo sobre cuestión tan importante.

¡Ah! escuchad, señores, escuchad un grito de angustia, una triste exclamación, que yo me atrevo á recomendar a los racionalistas de nuestros días!

«Así, pues, exclama, este Dios que tan fácil se nos dice de conocer con la ayuda de nuestra razón, y cuyos vestigios se pretende que cada uno lleva consigo, en las percepciones claras del espíritu, queda siempre desconocido; no sabemos dónde encontrarle; no le comprendemos; una densa nube le oculta siempre a nuestras miradas. Por tanto, la disensión que sobre este objeto reina entre los más grandes sabios, nos condena a nosotros pobres mortales, á no saber con seguridad quién es nuestro verdadero Señor y nuestro Dios, ni si debemos rendir al aire al sol el culto de nuestros homenajes y adoraciones».⁽¹⁾

¡ Qué congoja, señores!

Bien os decía yo, que os prepararais con mucha paciencia, porque eran estupendas las cosas que tenía que deciros. Y aun no lo habéis oído todo. Nos falta todavía conocer los descubrimientos que hicieron aquellos sabios en las cuestiones que atañen a la naturaleza del hombre y al origen y modo de ser la sociedad.

Confiado en que me continuaréis siendo benévolos, entro en el examen de la primera cuestión, y pregunto:— ¿Qué enseñó la filosofía antigua sobre la naturaleza y sobre los destinos del hombre?

Consultemos otra vez a Cicerón, juez el más competente, y testigo el más imparcial de las doctrinas filosóficas en los mejores tiempos de la antigüedad clásica.

«No preguntéis, nos dice en las *Cuestiones Tusculanas*, no preguntéis a los filósofos, ni qué es el alma, ni dónde reside, ni cuál es su origen; porque la discordia en esta punto es profunda y encarnizada».

«Para unos el alma es el corazón; para otros no es el corazón, sino la sangre que por él circula; estos dicen que es una parte material del cerebro: aquellos, que no es precisamente el corazón, ni el cerebro, sino otra cosa distinta, que reside, ora en el corazón, ora en el cerebro, ora en cualquiera otra parte del cuerpo».

«Para Zenón el alma es una centella de fuego. Para Xenócrates y Pitágoras es un número; porque la fuerza, dicen, de los números es inmensa en la naturaleza. Y Aristóteles, que era músico al par que filósofo, dice que el alma es un movimiento vibratorio de las fibras del cuerpo, puestas en conmoción a impulso de las ondas sonoras».

«Y aun entre los que admiten el alma racional, unos dicen que permanece para siempre después de la muerte; otros que sólo permanece por algún tiempo; y

⁽¹⁾ Sic fit ut Deus ille quem mente noscimus atque in animi notione, tanquam in vestigio volumus reponere, nusquam prorsus appareat. (*De Nat. Deor.* lib. I.) Itaque cogimur, dissensione sapientum, Dominum nostrum ignorare, quippe qui nesciamus soli an ætheri serviamus.—(*Quæst. acad.* I.)

otros que al salir del cuerpo, inmediatamente se disipa y se reduce a la nada».

«En vista de tantas y tan diferentes opiniones, nosotros nos vemos obligados a permanecer en la duda, y sólo algún Dios podrá saber cuál es realmente verdadera».

Aquí tenéis, señores, otra vez a Cicerón fluctuando entre la duda, y refugiándose al más desesperante escepticismo.

Es verdad que, según él mismo confiesa, halagábale la idea de la inmortalidad, y se complacía en leer un libro que Platón dejó escrito sobre el alma; mas a pesar de estos esfuerzos, jamás pudo arrancar de sí la duda que abrumaba su espíritu. «Muchas veces he leído a Platón, nos dice él mismo, para persuadirme de la inmortalidad del alma; pero yo no sé explicarme cómo es que durante la lectura, yo creo en la inmortalidad; mas luego que cierro el libro, y me pongo a reflexionar sobre lo que acabo de leer, esta creencia me abandona, y no queda de ella el menor vestigio en mi espíritu».(e)

Es decir: mientras se dejaba guiar por ese instinto sobrenatural, que la mano de Dios ha grabado en los corazones de todos los hombres: cuando prestaba atento oído a la voz de la tradición, escrita con admirable elocuencia por su filósofo favorito, Cicerón creía en el dogma de la inmortalidad. Mas cuando quería obrar como filósofo, y aplicando los principios sobre los cuales descansaba su filosofía, quería él mismo, por sí y ante sí, con las solas fuerzas de su razón, descubrir una verdad tan profunda y tan importante, entonces agitado su espíritu en un mar de dudas y de contradicciones, llevado y traído por las innumerables dificultades que por doquiera le salían al paso, rendido y desmayado, cual náufrago que agotó sus fuerzas disputando su vida a las olas, se arrojaba en brazos de la duda pronunciando estas desconsoladoras palabras: «En verdad que es muy difícil de probar la permanencia del alma después de la muerte». *Arduum est exponere ánimos post mortem remanere.*
(1)

Después de lo que habéis oído, fácil será vislumbrar las doctrinas que profesarían aquellos filósofos respecto de la sociedad.

Una filosofía que tenía vedado elevar su frente al cielo, para no ver jamás al que se oculta entre las nubes; una ciencia que se veía obligada a caminar cubiertos los ojos con un velo, para que no pudiera descubrir lo que está más allá del sepulcro, ¿qué doctrinas había de profesar respecto a la sociedad humana?

Yo no os citaré a Horacio, al cínico Horacio, que no se avergonzaba de llamarse a sí mismo *un animal inmundo de la piara de Epicuro*; digo que no os recitaré

(1) Cicero, *Tuscul.*, lib. 1.

un fragmento de sus versos, no sea que alguno rechace su autoridad, diciendo que no se ha de hacer caso de las locuras y exageraciones que pueda escribir un poeta en los ratos de su buen humor.

Bástame presentaros las palabras de uno de los más graves estoicos de aquella época. Escuchad: «Hubo un tiempo, escribió aquel sabio, en que los hombres vivían errantes por las campiñas de la misma manera que los brutos. Se mantenían con los mismos alimentos que las bestias feroces, y se conducían en sus acciones según los instintos del cuerpo, y no por el dictamen de la razón. No tenían ni religión, ni moral, ni obligaciones. El matrimonio legítimo no existía: los padres no conocían a sus hijos ni los hijos a sus padres. No se comprendía el derecho ni la equidad; todo era ignorancia, y error, y abuso de las fuerzas materiales, a cuya sombra se satisfacían todos los apetitos y reinaban las más ciegas y las más atrevidas de las pasiones».⁽²⁾
(f)

¿Puede darse nada ni más vergonzoso, ni más denigrante para el hombre, que esta explicación del origen y modo de ser de la sociedad? Y sin embargo, preciso será reconocer que era una consecuencia lógica del conjunto de absurdos que enseñaba la filosofía pagana.

Quitado a Dios del mundo, era necesario recurrir al acaso, al ciego é implacable *fatum* de la antigüedad. Destruida el alma racional, ó privada de la inmortalidad, quedaba reducido el hombre a la categoría de los brutos, y no había de tener ni otra sociedad que la formada por una aglomeración de bestias salvajes; ni otra ley moral que la satisfacción de las pasiones; ni otra ley social que el temor de la violencia y de la opresión del más fuerte.

¡Ahí tenéis, señores, la obra del hombre! Ahí tenéis el humillante espectáculo que ofrecen al mundo los representantes de la razón antigua caminando sola a la conquista de la verdad!

Grandes elogios se ha hecho de los filósofos de Grecia y de Roma. Y en verdad que no se los he de negar yo; porque los merecieron. Hombres de genio extraordinario, trabajaron incansables en pro de la ciencia.

Pero despreciaron los restos de la verdad que la revelación primitiva había esparcido entre los pueblos; cerraron sus ojos a los destellos de aquella luz que, aunque ya amortiguada, podía haberles servido de guía, y, señores, como andaban a oscuras, erraron el camino. Por eso cuando quisieron resolver los grandes problemas de la ciencia, a pesar de sus esfuerzos gigantescos, todo lo encontraron velado por un misterio impenetrable.

⁽²⁾ Cicero, *De Invent.*, 1.

Quisieron remontar su vuelo para sorprender los misterios de la divinidad, cuya existencia llegaron a conocer por las huellas que el Señor dejó impresas en las criaturas de este mundo; pero sus alas eran tan flacas, que apenas pudieron levantarse sobre el polvo de la tierra; sus pupilas eran tan débiles, que no pudieron resistir los fulgores de aquella luz increada. Porque escrito está, señores: «*Qui scrutator est majestatis, opprimetur a gloria*».⁽¹⁾ Y así, «desvanecidos en sus pensamientos»⁽²⁾ se extraviaron del camino misterioso que conduce a las puertas del templo santo en donde mora la verdad increada, recreación de todos los entendimientos, y éxtasis de todos los genios.

Por eso dijo un sabio, expresando una verdad muy profunda: «Con Dios, todo se aclara; sin Dios, todo es un caos». Para caminar con paso firme por los escabrosos senderos de la ciencia, es necesario remontar nuestro vuelo hasta la divinidad, para ver en ella las relaciones de todas las criaturas. «El punto de vista es alto, pero es el único: si nos apartarnos de él, no vemos nada; estamos precisados a emplear palabras que nada significan».⁽³⁾

Por eso, señores, acaecía a los sabios de la antigüedad, que ellos mismos sentían que se agitaban en el vacío; experimentaban la necesidad de un punto de apoyo más firme, de algo que corroborara su languidez, fijara su paso fluctuante y alentara su desfallecimiento.

Ved aquí, señores, lo que pudo la razón humana en los pueblos que vivieron separados de las luces de la revelación.

Y eso que la hemos contemplado en los momentos en que se hallaba colocada sobre el pedestal de su gloria: cuando libre de la pesada carga del cuerpo, separada del comercio de este mundo y reconcentrada en sí misma, volaba libre por las hermosas regiones de la ciencia. Que si la contempláramos, cuando caída del trono de su grandeza, se revolcaba en el cieno inmundo de sus pasiones, esclavizada por los más desenfrenados apetitos de la carne, oh.! entonces... cuánta degradación, cuánta miseria descubriríamos!

Pero, no; no la sonrojemos recordándole sus ignominias: que hay cuadros tan repugnantes, que jamás deben descubrirse en presencia de las almas castas.

Todos habéis leído la historia, y habéis podido contemplar, el rostro encendido por el rubor, los abominables misterios de Adonis, y de Cibeles, y de Príapo y de Flora, representados en los templos y en los juegos consagrados a estas divinidades.

⁽¹⁾ PROVERB. XXV. 27.

⁽²⁾ AD ROMANOS, I. 21.

⁽³⁾ BÁLMEs, *Filosof. Fund.*, lib. 4.º cap. 27.

Aun recordaréis los templos de Babilonia, y de la Armenia, y sobre todo el ignominiosamente célebre de Corinto, erigidos en honor de la inmunda Venus, y en los que el pueblo veía a la luz del sol, lo que aun en las tinieblas causa vergüenza.

¿Qué costumbres habían de reinar en una sociedad, en donde las acciones de los dioses, sus imágenes, sus fiestas y su culto estaban perfectamente calculados para autorizar todos los vicios?

Adoraban a un esposo adúltero en Júpiter; a una esposa infiel en Juno, a una prostituta en Venus: ¿porqué no habían de hacer los hombres lo que habían hecho sus dioses? ¿Porqué había de ser ilícito fuera de los templos, lo que se ofrecía como santo dentro de sus muros?

Los poetas cantaban en sus versos las acciones de los dioses; los filósofos las aprobaban y autorizaban con su ejemplo; los legisladores lo permitían todo, cuando no lo sancionaban: ¿quién había de poner un dique al desbordamiento de las más indómitas pasiones?

En suma: la gangrena de la inmoralidad habíase apoderado hasta tal punto de todos los pueblos, que la sociedad pagana semejábese a una inmensa plaza pública de prostitución.

Consecuencia inmediata de tanta inmoralidad fueron aquellos instintos feroces, aquella sed de sangre humana que devoraba al pueblo rey en los últimos tiempos del paganismo. Que la pasión impura no sólo destruye en el individuo todo sentimiento noble y generoso, sino que despierta en él los instintos del tigre más feroz y sanguinario.

¿No os acordáis de aquella horrible diversión que formaba las delicias de la nobleza romana? ¿No os acordáis de aquellos millares de hombres robustos, que, sólo para divertir al pueblo romano, unas veces se hundían mutuamente el puñal en el pecho, y morían otras entre las garras de los leones, de los tigres y de las panteras? ¿No os acordáis de aquellas palabras de los gladiadores: *Salve, César, morituri te salutant*: frase la más ignominiosa, y el más vivo retrato del desprecio que había llegado a tenerse a sí misma la humanidad?

¡Y nadie levantaba la voz para condenar tantos horrores!

¡Y nadie se compadecía de la humanidad para tenderle una mano protectora y sacarla del sepulcro en que yacía muerta!

¡Nadie!, señores, nadie!

¿Y quién había de hacerlo, si los que pudieron, después de confesar su impotencia, se arrojaron ellos mismos en lo más profundo de la corrupción?

Basta! señores, basta! Terminemos de una vez con tan enojosa tarea! Apartemos la vista de tan inmundos y sangrientos cuadros, cuyo sólo recuerdo aflige el espíritu, oprime el corazón y enciende el rostro!

¡Plegue al cielo que la humanidad nunca jamás se haga reo de tan pavorosos castigos!

II

La ciencia, que es el conocimiento de la verdad, es la vida de la inteligencia.

No siendo otra cosa la verdad que la realidad misma de los seres, resulta que Dios, que es el origen y fuente de toda realidad, es también la fuente y origen de toda verdad.

Luego la inteligencia que se aparta de Dios y le niega, atenta contra su propia vida, y en cuanto está de su parte, tiende a destruir la verdad en el mundo.

Dios, que es la verdad absoluta, descendió al hombre, y se puso en comunicación con él por medio de las inefables enseñanzas de la revelación paradisiaca.

El hombre, ingrato, se reveló contra el cielo, y cortó los lazos que lo unían a la divinidad.

Desde entonces «el mundo vivió de los fragmentos de verdad » que el Señor, por una nueva misericordia, «conservó a través de las teogonías mutiladas; de los destellos pálidos de la luz, que se reflejaban inciertos sobre la conciencia de los pueblos; y de las verdades parciales, que las adivinaciones de los genios, suscitados por Dios en la historia, arrancaron a la naturaleza».

Pero, señores, según acabáis de ver, la corriente de la tradición íbase extinguiendo de día en día «como las aguas de un arroyo perdido entre las piedras del desierto; la luz de la ciencia, amortiguada, débil y espirante, estaba a punto de despedir los últimos fulgores,»⁽¹⁾ y el mundo velase amenazado de quedar envuelto en las más densas tinieblas.

(14)¹ *Sto. Tomas de Aquino*, por D. Alej. Pidal y Mon., Cap. VIII.

Mas la hora señalada para una nueva y más completa restauración de la verdad había sonado en tos decretos eternos, y descendía del cielo a la tierra la verdad absoluta.

El Verbo Eterno; que es la sabiduría de Dios en las alturas, «se hizo carne y habitó entre nosotros».⁽¹⁾

Jesucristo apareció en la historia: y al propio tiempo que reconciliaba con su Eterno Padre la humanidad prevaricadora, y le devolvía los derechos de que ella misma se había despojado, difundió la luz de su rostro sobre el entendimiento del hombre, dispipó las tinieblas que oscurecían el cielo hermoso de la verdad, y los vapores que nublaban la luz clara de la inteligencia, y pronunció una palabra de verdad y de vida, en la que, como en precioso germen, están contenidas todas las verdades.

«Yo soy el camino, y la verdad y la vida,» exclamaba con acento sublime. «Yo he venido al mundo para dar testimonio de la verdad. Todo el que es hijo de la verdad escucha mi voz, y el que me sigue, no caminará en tinieblas, sino que le alumbrará la luz de la vida»⁽²⁾

El eco de aquella voz divina, que resonaba en un rincón de la Judea, llevado más tarde en alas de los vientos llenó todos los ámbitos del mundo. Y la humanidad, como si despertara de un profundo letargo, se vio inundada de luz, y a la claridad de aquella luz divina, divisó los caminos que había de recorrer para encontrar la verdad que había huido de su seno.

Mas antes de que la antorcha de la fe tomara posesión del mundo de las inteligencias, tenía que pasar por el crisol de la prueba, para que saliera de él más pura y más brillante.

Era preciso ahuyentar las densas tinieblas que envolvían la redondez de la tierra. Era preciso derribar de sus altares aquella innumerable multitud de dioses, protectores de toda inmoralidad y de todos los crímenes. Era preciso convencer de ignorancia a los filósofos, de impostura a los sacerdotes, y de opresores é injustos a los reyes y legisladores. En una palabra: era preciso destruir hasta los cimientos todo un mundo de vicios, de superstición y de errores, y levantar sobre sus ruinas el imperio de la verdad, de la justicia y de la virtud.

Una empresa tan grande, tan gigantesca, había de ser por necesidad lenta y trabajosa.

El imperio romano, aquel gran coloso, que tenía oprimidos a todos los

⁽¹⁾ EVANG. JOANN., I. 14.

⁽²⁾ EVANG. JOANNIS, Cap. XIV. 6. y XVIII. 37. y VIII. 12.

pueblos entre sus brazos de hierro, levantó sangrienta guerra contra los discípulos del Salvador. Pero en vano. Los príncipes, y los sacerdotes, y los filósofos, y todo un pueblo corrompido se ensañarán de corazón contra el Cristianismo, único que podía darles la paz y la sabiduría, la libertad y la gloria.⁽³⁾ Mas, ¿qué importan las hachas y las hogueras? ¿Qué importa que los hijos de la luz sean perseguidos y proscritos, y se vean obligados a vivir ocultos entre las sombras de las catacumbas? La luz brilla en las tinieblas: y en aquella Roma subterránea, formada por las excavaciones de los cristianos, alzábase la cátedra de la verdad, que iba depositando en los corazones de cuantos ahí acudían la semilla de la ciencia y de la virtud que habían de iluminar y regenerar después al mundo.

Vivos destellos de aquella luz fueron los Justinos, los Ireneos, los Tertulianos y los Orígenes, ilustres sabios del cristianismo, que hicieron enmudecer la filosofía pagana, y asombraron al mundo con la defensa que hicieron de la verdad en sus obras apoloéticas.

Tres siglos había estado oculta en la tierra la semilla del Evangelio, y era ya necesario, según los designios de la Providencia, que la antorcha de la fe se colocara en un punto muy alto, para que pudiera ser vista de todas las gentes y sirviera como de faro en las negras tempestades que el soplo del Señor había de levantar en todo el mundo romano.

El Cristianismo subió al trono de los Césares, y la Cruz, colocada en lo más alto del Capitolio, extendió sus brazos al mundo, para unir a Jesucristo, con estrecho y amoroso abrazo, todos los pueblos de la tierra.

Cicerón había dicho: «Lejos de los ciudadanos de Roma la Cruz: jamás vean sus ojos tal imagen, jamás perciban sus oídos tal palabra, jamás tenga su alma tal pensamiento».⁽¹⁾ Y sin embargo, esa misma Cruz, mirada como un escándalo por los judíos, y tenida por los gentiles como una locura, ondeaba ya con gloria sobre los más altos edificios de Roma, y colocada sobre las coronas imperiales, era mirada como la fortaleza y la sabiduría de Dios.⁽²⁾

Dada la paz a la hija del cielo, la historia nos presenta un hecho grande, extraordinario, magnífico. A las costumbres privadas se agrega la grandeza de las costumbres públicas, y la sublimidad intelectual se adorna con la belleza moral del Evangelio. Ya no es la Iglesia militante, esclava, encarcelada en los calabozos, y derramando su sangre en los anfiteatros, sino la Iglesia triunfante, libre, real, respetada en la tribuna y en la purpura. A la era de los mártires, sucede la era de los

⁽³⁾ APARISI.

⁽¹⁾ Citado por Aparisi y Guijarro.

⁽²⁾ *I.ª* Ad Corin., I. 32.

sabios y de los doctores. «La parte selecta del paganismo que no había cedido ni a la sencillez apostólica, ni a la autoridad de las hogueras, escucha, se llena de admiración, y pronto cede, hallando en la boca de los Padres los sistemas de los sabios, explicados con más claridad y elocuencia».⁽³⁾

En efecto: mientras que fuera de la Iglesia la razón humana, cansada de luchar con las desesperantes sombras de la duda, había enmudecido para siempre, y exhalaba sus últimos suspiros entre el cieno de las pasiones; la razón católica estudia a los filósofos del paganismo, recoge todas las verdades diseminadas en sus obras, y después de pasarlas por el tamiz de la revelación, establece escuelas, levanta cátedras y forma aquella maravillosa falange de sabios incomparables como los Atanasios, los Naciancenos, los Cirilos, los Basilio, los Crisóstomos, los Hilarios, los Ambrosios, los Jerónimos, los Agustinos, y otros no menos grandes, y que sería cansado enumerar.

¡Qué hombres! señores, qué hombres! Humildes y sencillos ante la fe, con la sencillez y la humildad de la infancia, elevaron su razón hasta las alturas inconmensurables del genio!

Sus obras, asombro de los sabios, son el arsenal más completo en donde se hallan reunidas todas las verdades del orden filosófico, iluminadas con los resplandores de los más sublimes misterios de la Teología.

Fijaos solamente en *La Ciudad de Dios* de San Agustín. Entusiasmado uno de los mayores sabios de este siglo en presencia de esta obra monumental, escribió: «Esta obra, admirable por la profundidad de miras, por la inmensidad y elevación de la ciencia, en la que se encuentran la refutación de todos los errores, y el desenvolvimiento de todas las verdades, el esclarecimiento de todos los misterios del orden teológico, del orden filosófico y del mismo orden natural: oh! esta obra vale por sí sola, como todas las obras de los antiguos filósofos, quienes, yo os lo confieso, ante el inmortal autor de esta obra maestra del espíritu humano, me parecen como infantillos delante de un hombre ya formado, como escolares delante del maestro».
(1)

Grandes, asombrosos eran los adelantos que en el terreno de la verdad había hecho la razón humana. Inmensa era ya la distancia que separaba la ciencia católica de la ciencia del paganismo, y aunque aisladamente, hacían se grandes esfuerzos con el objeto de sintetizarla, metodizada y formar un cuerpo compacto de doctrina, construyendo así el vasto y gigante organismo de la ciencia católica en su expresión más completa y más augusta.

⁽³⁾ CHATEAUBRIAND, Estudios Histor., pág. 128. Edición de Gaspar Roig.

⁽¹⁾ RÁULICA, Conferencias, T. ° 1. ° 149.

Empero en los profundos arcanos de la Providencia, no había llegado aún la hora de ver realizados tan nobilísimos deseos.

La falsa ciencia del paganismo, y su hija natural, la civilización groseramente epicúrea y corrompida, no habían desaparecido por completo, y habían de ser una rémora constante y una valla casi impracticable para los progresos de la verdad católica y de la verdadera civilización.

Era, pues, necesario franquear el camino.

El Señor de las alturas dio un silbido, según la expresión del profeta⁽²⁾, para congrega a los hijos de las selvas.

Entonces el coloso del Imperio, semejante a la estatua de las visiones de Daniel⁽³⁾, al solo golpe de una piedrecita que bajó rodando de los montes del Aquilón, cayó con estrépito, vino al suelo para nunca jamás levantarse.

Todos sabéis la historia sangrienta de aquellos días nefastos.

¡Ay de Europa y de su civilización, sin el Arca santa de la Iglesia que las recogió en su seno, y las libró de aquel nuevo diluvio universal!

Aquellos hombres feroces, cansados ya de sangre y de ruinas, buscaron anhelantes el reposo y la tranquilidad de su agitado espíritu. Alzaron un día sus ojos, y divisando en lontananza la majestuosa figura de la Iglesia que, abrazada al árbol sacrosanto de la Cruz, la antorcha de la fe en una mano, el áncora de la esperanza en la otra, y abrasado su pecho en las llamas de la caridad, los llamaba, y les tendía su mano protectora, corrieron presurosos, fijaron sus tiendas movibles en derredor de la Cruz, y escucharon atentos la voz de la religión.

Y cuando fueron lavadas sus frentes con las aguas santas del Bautismo, y calmadas las pasiones de su tempestuoso corazón, pudo reflejarse sobre sus almas la luz de la verdad, el Catolicismo reunió los pueblos, primero en los pórticos de las Iglesias y en los claustros de los monasterios, después en las escuelas que se multiplicaron por todas partes, y depositó en ellos la semilla de la ciencia, oculta durante los pasados trastornos en lo más recóndito del santuario.

Llegado era el momento de hacer patentes a la faz del mundo y de la historia los infinitos tesoros de vida y de civilización, que se encerraban en las doctrinas del Catolicismo.

⁽²⁾ ZACHARIAS, X, 8.

⁽³⁾ DANIEL, II, 34.

Si los estrechos límites de un discurso no me lo impidieran, haríamos juntos una excursión por la Europa de aquellos días, para ver con nuestros ojos los medios empleados por la Iglesia para cimentar sobre bases sólidas el majestuoso edificio de aquella grandiosa civilización, que habíamos de admirar en los siglos posteriores.

Dueña la Iglesia de las inteligencias y de los corazones de los pueblos, que le pertenecían por derecho de conquista, veríamos que su primer cuidado fue introducir en las almas los dogmas y las prácticas de la religión santa del Crucificado: porque sabía mejor que los antiguos, que la religión es el fundamento de toda sociedad humana, y que sería más factible edificar una ciudad en el aire, que fundar una sociedad sin religión¹.

Veríamos después la solicitud con que miró la sociedad doméstica, fuente y origen de la sociedad civil. Rebajada y prostituida la familia en los tiempos del paganismo, la Iglesia la tomó en sus manos, santificó los amores castos por medio del Matrimonio católico, aseguró la educación y la paz doméstica, y proclamó la dignidad de la mujer, sacándola del estado de abyección y esclavitud en que la tenían los antiguos, y convirtió el hogar doméstico en el santuario de la paz y de los santos amores.

Veríamos finalmente lo que hizo en pro de la sociedad para librar a los pueblos de la opresión y despotismo de los monarcas, y a estos de las revueltas y anarquía de los pueblos.

Para fortificar el poder y ennoblecer la obediencia, ungió la frente de los Reyes é hizo santa su autoridad. Pero al tocar sus frentes con el óleo santo, les decía: Sabed, óh poderosos de la tierra que la autoridad que tenéis la ejercéis en nombre de Dios: Él pone sobre vuestras cabezas la corona, y en vuestras manos el cetro, no para que destruyáis, sino para que edificuéis: el pueblo no es para vosotros, sino vosotros para el pueblo:² y nunca os olvidéis de qué después de este mundo os aguarda un durísimo juicio ante el tribunal de Dios.³

Y luego, dirigiéndose a los pueblos, les decía: «No hay potestad que no sea de Dios, y cuantas hay en la tierra por él han sido ordenadas; así, el que resiste a la potestad, resiste a la orden de Dios... No en vano el príncipe está armado de la espada, pues es ministro de Dios para ejecutar su venganza sobre el que obra mal; por tanto, es menester que le obedezcáis, no solo por temor al castigo; sino también por obligación de conciencia».¹

¹ Facilius duco, ædificari posse sine solo urbem, quam posse civitatem cogi, et subsistere fide Deorum sublata.—PLUTARCHUS, *disputans, in Coloten. Epicur. philo.*

² STO, TOMÁS *De Regimine Principum.*

³ SAPIENTLÆ, VI. 26.

¹ AD ROM. XIII. *Traduccion de Aparisi.*

«¡Mirad, señores, cómo se ennoblece la obediencia!» os diré de un un ilustre hombre público, cuya pérdida lloran inconsolables la tribuna y las letras patrias. «Parándose en el hombre que tal vez es por sí indigno de mi respeto, ni obediencia fuera tan vil como penosa; sería la del embrutecido esclavo que tiembla delante de su señor. La Religión levanta a mayor altura mis ojos: más arriba del hombre muéstrame el Rey de Reyes, al que dirige los destinos de los príncipes y de los pueblos; a El se refiere mi sumisión, ante su majestad me humillo; así mi obediencia, al mismo tiempo que más suave es más elevada también y como que participa de la grandeza de aquel a quien mi espíritu reverencia».²

Cimentados sobre tan incommovibles principios el individuo, la familia y la sociedad; fortificado el poder de las Reyes con muro tan inexpugnable; y ennoblecida por tan soberana manera la obediencia de los pueblos, dióse principio a la reconstrucción del majestuoso edificio de la ciencia y de la civilización cristiana.

Os decía; pocos momentos hace, que el catolicismo, reuniendo los pueblos en los pórticos de las Iglesias, en los claustros de los monasterios y en las escuelas erigidas a la sombra del santuario, depositó en ellos la semilla de la ciencia y de la civilización.

Y fue tan vigoroso el despertar de aquella inteligencias, vivificadas con las luces de la fe, que bien pronto fue necesario ensanchar más y más el círculo de los conocimientos humanos.

Entonces aparecieron aquellas celeberrimas Universidades de París y de Oxford, de Salamanca y de Bolonia, de Padua y de Siena, de Cambridge y de Roma, de Nápoles y de Ferrara, emporios del saber, en donde la razón humana, precedida de la antorcha de la fe, se lanzó al espacio, recorrió la escala de los seres, y remontándose sobre todos los cielos, se postró a las plantas mismas del Criador. Allí bebió hasta saciarse de los raudales de aquella luz, increada; allí aprendió lo más arrollador de las armonías; allí adquirió la idea tipo de todas las hermosuras y bellezas.

Señores, hemos llegado a la época más grande y más gloriosa que se registra en los anales de la razón humana. Nos hallamos en la cúspide de la edad media, cuando la juventud estudiosa acudía de los puntos más remotos de Europa, arrastrada por los ardientes deseos de saber, y se agolpaba a millares a las puertas de las más célebres Universidades, para recibir la sabiduría que brotaba a raudales de los labios de aquellos maestros de la humanidad.

Entonces fue cuando recibieron su mayor perfección las ciencias teológicas, filosóficas, políticas y morales. Entonces fue cuando se pusieron los fundamentos de

² *Obras de Aparisi, T.º 1.º pensamientos filosófico-religiosos, pág. 68.*

la literatura cristiana, del arte cristiano, y de la civilización cristiana de que Europa se encuentra hoy tan orgullosa. Entonces fue cuando las ciencias físicas y naturales recibieron un maravilloso desarrolló con los descubrimientos de Alberto Magno, Roger Bacón y Vicente de Beauvais, y sobre todo con aquellos cuatro grandes descubrimientos que habían de cambiar la faz del mundo: la pólvora para dominar la tierra; la brújula, para dominar los mares, el telescopio, para dominar los cielos, y la prensa, para dominar y desenvolver la inteligencia.(g)

¡Grande época, señores, la de los siglos medios! pero más grandes los genios que le fabricaron pedestal tan glorioso! y más grande aún, pero mucho más grande la Iglesia Católica que supo dar a la ciencia y al mundo aquellos hombres tan grandes, y aquellos siglos tan gloriosos!

Hagamos alto aquí, señores; detengámonos unos momentos; que grato es al que andaba tras un tesoro, cuando ha dado con él, recrear su vista contemplándolo antes de llevárselo consigo. Y grato es también al viajero descansar a la sombra, y apagar su sed en las cristalinas aguas de algún *oasis*, después de haber atravesado las abrasadoras arenas del desierto.

Para comprender de alguna manera aquella época incomparable, busquemos un hombre que reúna en si aquellas glorias y aquellas grandezas: que las grandes épocas suelen estar personificadas en los grandes hombres. Fijemos nuestra vista en un genio, grande, inmenso, profundo, que abarcando todas las edades, reunió en su mente cuanto vieron todos genios de los pasados tiempos, ordenó sus doctrinas, y engrandeciéndolas con las creaciones de su poderosa inteligencia, elevó sobre los horizontes del saber el faro inextinguible de la verdad, al que habían de dirigir su mirada todos los verdaderos sabios que le sucedieran en el trascurso de los tiempos.

¿Y queréis saber el nombre de aquel genio?— ¡Tomás de Aquino! señores: Sto. Tomás de Aquino! Sol del mundo! Ángel de las Escuelas! embeleso de los sabios! gloria y prez de la Iglesia Católica! y honra y lustre de la Orden Dominicana!

Ah! si me fuera dado poder expresar con palabras el amor y el entusiasmo que arden en mi pecho!

Pero, no: aunque pudiera, yo no debería hablar en estos momentos. Llevo, aunque indigno, el mismo hábito que él vistió con tanta gloria. Soy el menor de sus hermanos y el último de sus discípulos. Debo ceder la palabra a otros hombres más autorizados y que puedan aparecer más imparciales.

Escuchad lo que dice Balmes en su obra *El Protestantismo*. Va examinando las luchas que se habían llevado al palenque de las ciencias en los primeros años

de la Edad Media y dice: «A. principios del siglo XII estaba tan adelantado el mal que no era liviana empresa el tratar de remediarle; y no es fácil atinar a qué extremo habrían llegado las cosas... si la Providencia... no hubiera hecho nacer un genio extraordinario, que levantándose a extraordinaria altura sobre los hombres de su siglo, desembrollase aquel caos; y cercenando, añadiendo, ilustrando, clasificando, sacase de aquella indigesta mole un cuerpo de verdadera ciencia...

«... ¿Qué era la filosofía de su tiempo? La dialéctica, la metafísica, la moral ¿a dónde hubieran ido a parar, en medio de la torpe mezcla de la filosofía griega, filosofía árabe é ideas cristianas?... Afortunadamente se presentó ese grande hombre; de un solo empuje hizo avanzar la ciencia en dos ó tres siglos; y ya que no pudo evitar el mal, al menos lo remedió; porque alcanzando una superioridad indisputable, hizo prevalecer por todas partes su método y su doctrina, se constituyó como un centro de un gran sistema, alrededor del cual se vieron precisados a girar todos los escritores... Halló las escuelas en la más completa anarquía, y él estableció la dictadura. Dictadura sublime de que fue investido por su entendimiento de Ángel, embellecido y realzado con su santidad eminente...

«...Por lo que toca a metafísica se encuentran a cada paso en sus obras trozos tan luminosos sobre los puntos más complicados de ideología, ontología, cosmología y psicología, que parece que estamos oyendo a un filósofo que escribiera después que las ciencias han hecho los mayores adelantos.

«...Podría presentar... muchos trozos de su *tratado de leyes y de justicia*, donde se nota tanta solidez de principios, tanta elevación de miras, un tan profundo conocimiento de la sociedad, sin olvidar la dignidad del hombre, que no asentarían mal en las mejores obras de legislación que se han escrito en los tiempos modernos».¹

«¡Santo Tomás! exclamaba el sapientísimo P. Ráulica desde el púlpito de la Asunción de París, ¡qué hombre, qué genio! Es la razón humana elevada a su más alto poder. Más allá de los esfuerzos de su razón está ya la visión de las cosas en el cielo. Aquí abajo la razón no sabría ni subir más alto, ni ver más claro. Este hombre único, este hombre cuya vida no alcanzó la mitad de un siglo, lo ha visto todo, lo ha conocido y explicado todo. Ningún error hay que él no haya previsto, refutado y pulverizado de antemano. Su *Summa* es el libro más sorprendente, más profundo, más maravilloso que ha salido de la mano del hombre; porque la Santa Escritura ha salido de la mano de Dios. Santo Tomás ha explicado no solamente el mundo teológico, y el mundo filosófico, sino también el mundo natural. Su genio, reflejándose sobre su siglo y sobre los siglos posteriores, llevó a ellos la luz, el orden

¹ BALMES, *El Protest.*, T. 4. ° cap. LXXI. Pág. 167.

científico, el verdadero progreso, y derramó sobre la ciencia y sobre la religión un brillo que jamás se ha oscurecido».²

Perdonad, señores, si me he extendido más de lo necesario en los elogios tributados a Sto. Tomás. He lo hecho, no precisamente con el objeto de formar su panegírico, sino porque las alabanzas tributadas al Doctor de Aquino, son una prueba irrefragable de los auxilios que recibe la razón humana sometida a las enseñanzas de la revelación.

Porque elogiar Sto. Tomás, es elogiar a las celebérrimas Universidades de París, Salamanca, Alcalá, Tolosa, Lovaina, Nápoles, Coímbra, y otras y otras, glorias imperecederas de Europa, «emporios del saber humano,» en las cuales, como dice S. S. León XIII, «reinaba como príncipe en su propio imperio,» y en donde maestros y discípulos a porfía, «descansaban con admirable concordia en el magisterio y autoridad del Doctor de Aquino».³

Porque elogiar a Tomás, es elogiar a todos los que han sido sabios de verdad desde el siglo XIII hasta nuestros días: es elogiar al célebre Alberto Magno, maestro y discípulo a la vez del *Buey mudo de Sicilia*; es elogiar al Doctor místico y dulcísimo S. Buenaventura, amigo y compañero de Fr. Tomás de Aquino; es elogiar a Torquemada, Juan de Montenegro, Savonarola, al Cardenal Cayetano, Belarmino, Melchor Cano, Fr. Luis de Granada, Arias Montano, Covarrubias y al gran Suarez, glorias de España, de la religión y de la ciencia en el siglo de oro de las letras patrias.

Porque los elogios tributados a Sto. Tomás recaen sobre todos esos sabios que, en nuestros días, llenan el mundo con su merecida fama, y que la historia conservará con los nombres de Balmes, Ráulica, Lacordaire, Taparelli, Sanseverino, Liberatore, Ortí y Lara, Fr. Zeferino, Monsabré, el Cardenal Zigliara, y finalmente, sobre esos venerables Obispos españoles que renovaron en el Concilio Vaticano las glorias del Tridentino, demostrando una vez más a la faz del mundo, que sólo se forman los verdaderos sabios, allí en donde se conserva íntegra la doctrina de Sto. Tomás, que es la doctrina de la Iglesia Católica.

Poniendo fin aquí á la excursión que hemos hecho por las abstractas regiones de la ciencia, entremos aunque sea más que de paso, en los floridos verjeles en donde nacen y se desarrollan vistosas las letras y las artes bellas. Veamos si el Catolicismo, que, poniendo en manos de la razón la antorcha de la fe, la sublimó a las inconmensurables alturas de la ciencia, ha sido también fecundo en inspiraciones y en sentimientos bellos. Veamos si ha dado alas a la imaginación de los poetas y

² RÁULICA, *Confer.*, T. ° 1.º pág. 150.

³ Encíclica ÆTERNI PATRIS, 4 de Agosto de 1879.

sentimiento, belleza y armonías a los artistas cristianos. Pongámoslo frente a frente del Paganismo y veamos por cuál de los dos está la superioridad de los recursos.

III

CHATEAUBRIAND, autoridad competente en la materia, dejó escritas estas palabras: «El Cristianismo es una luz cuando se ampara de las facultades del alma, y es un sentimiento cuando se asocia a los movimientos del corazón». ⁽³²⁾¹ Esto vale tanto como decir que el Catolicismo es fecundo en inspiraciones y en sentimientos bellos; que de su seno brotarán necesariamente flores y armonías que recogerán los poetas y los artistas inspirados.

Establezcamos principios de antemano, definamos con la posible precisión: este es el mejor medio de entendernos.

En general, ¿cuál es el objeto de las bellas artes?— La expresión de lo bello: proporcionarnos el suave deleite que causa en nuestro ánimo la belleza. —Y ¿qué es la belleza?—Es la bondad misma de los seres, según que esta bondad dice relación al espíritu que se deleita en su contemplación.

«Bello es todo lo bueno y, como tal, dulce,» ha dicho Aristóteles,² y Sto. Tomás, ampliando este mismo concepto, dice: «Aunque lo bello y lo bueno sean una misma cosa considerados en concreto, difieren sin embargo; porque la belleza añade sobre la bondad una relación a la facultad cognoscitiva, que aprende la cosa como buena y se deleita en su conocimientos». ³ De aquí se infiere, que si lo bello tiene relaciones tan íntimas con la potencia cognoscitiva, la belleza debe descansar sobre la verdad, como sobre su fundamento.

Claro está, señores, que como dicen los preceptistas, no siempre es necesaria la verdad absoluta; basta en muchas ocasiones la relativa.

Infiérese también, que Dios, que es la verdad y la bondad por esencia, es también la belleza absoluta: el perfecto, el único ideal de la belleza.¹

¹ CHATEAUBRIAND, *Estudios Históricos*, pág. 45.

² *Rhet.* L. 1 . c. 9.

³ 1.^a 2.^o q. 27. a. 1. ad 3. et alibi.

¹ Dieu étant le principe de toutes les choses dolt être, á ce titre celui de la beaute parfaite, et par conséquent de toutes les beautés naturelles qui l' expriment plus ou moins imparfaitement.— COUSIN, *Du Vrai, du Beau et du Bien.* lec. 7.

Convengamos también en que ni los poetas, ni los artistas inventan las creencias religiosas, ni las ideas científicas. Su misión está limitada a recoger las que reinan en la sociedad, para devolvérselas embellecidas con las galas de la imaginación y las inspiradas creaciones del genio.

Sentados estos principios, entremos en materia.

La poesía del paganismo, para comenzar por la reina de las bellas artes, descansando sobre el error, basada en la falsedad y en la mentira, estaba minada en sus cimientos, llevaba la muerte en el corazón.

No importa que algunas veces se nos presente grandiosa, brillante, deslumbradora, y conmueva de entusiasmo nuestro corazón, y pulse las más delicadas fibras del alma: deteneos un momento, acercaos para contemplarla, tocadla con la mano, y la veréis huir y desaparecer como fuegos fatuos, y desvanecidas vuestras ilusiones, toparéis con un cadáver cubierto de brillante ropaje.

La mitología, llenando los cielos de tanta multitud de dioses, rebajó la sublime grandeza de la divinidad, y la hizo despreciable y aborrecible a los hombres, al atribuirle las mismas pasiones, los mismos odios y las mismas venganzas que afligen a la mísera humanidad.

Hasta llegó a destruir los encantos de la naturaleza, al poblar la tierra y los mares con aquel enjambre de ridículos y empalagosos diosecillos, con su sempiterno saltar y revolotear en los árboles de los bosques y en las cristalinas ondas de los ríos.

Marte derribado en tierra y cubriendo con su cuerpo nueve yugadas de tierra; Diana dando de bofetones a Venus; las divinidades menores acudiendo al Olimpo para arreglar sus rencillas ante el padre de los dioses; éste, para amedrentarlos y darles una idea de su poder, amenazándoles con atarlos a una cadena y suspenderlos del cielo; todo esto, señores, ¿no lleva consigo, sobre la marca del ridículo, el estigma de la falsedad y de la mentira?(h)

Confieso ingenuamente que en los poetas de la clásica antigüedad, se hallan con frecuencia bellezas de primer género. Luchando valerosos con las dificultades que llevaba consigo la mitología, sortearon con felicidad los escollos que se oponían a su paso.

Homero se elevó hasta lo sublime cuando al describir la batalla entre las naves de Grecia y la ciudad de los troyanos, y en la que tomaron parte los mismos inmortales, se expresa de esta ó parecida manera: «El padre de los dioses y los hombres hace retumbar el trueno; Neptuno concitando las olas desquicia la inmensidad de la

tierra; el Ida sacude sus cimientos y sus fuentes se desbordan; las naves de Grecia y la ciudad de los troyanos vacilan sobre el inseguro suelo; Plutón baja de su trono, palidece y pregunta, lleno de terror, la causa de aquellos trastornos».(i)

No apliquemos con todo rigor el escalpelo de la crítica, porque de otro modo, sólo veríamos un hermosísimo vestido cubriendo un cuerpo artificial. Concedámosle la verdad relativa de que ha necesidad toda ficción poética.¹ Entonces no hay dificultad en admitir que en el trozo citado brilla lo sublime, realzado en el original griego por la armonía imitativa que se nota en las palabras, y por todas las bellezas de dicción acumuladas en versos tan sonoros y armoniosos.

Sin embargo, este magnífico trozo de la *Ilíada*, citado por todos los críticos como el último esfuerzo de lo sublime, no puede competir con lo sublime a que se presenta el Catolicismo.

Escuchad, señores, cómo se nos pinta al Omnipotente en uno de los salmos de David: «Su cólera subió como un torbellino de humo, su rostro resplandeció como una llama, y su enojo como un fuego abrasador. Rebajó la bóveda de los cielos, descendió, y las nubes le servían de escabel. Las agrupadas nubes formaban en su derredor un ancho pabellón de tinieblas; pero el resplandor de su rostro las disipó, y una lluvia de fuego salió de su seno. El Señor tronó en las alturas de los cielos, el Altísimo hizo oír su voz, que retumbó como tempestad devastadora. Arrojó sus flechas y disperso a mis enemigos, redobló sus rayos y dio con ellos en tierra. Las fuentes de las aguas, y los cimientos de la tierra se mostraron el descubierto, porque Tú les amenazaste, Señor, y sintieron el soplo de tu cólera».²

«Confesemos, dice un literato de fama, que esta sublimidad dista tanto de cualquiera otra, como el espíritu de Dios dista del espíritu del hombre. Aquí se admira la concepción de lo grande en su fuente, siendo lo demás una mera sombra; bien así como la inteligencia creada es un débil reflejo de la inteligencia creadora».³

Señores, seamos imparciales, y arrastrados por la fuerza de la verdad, reconozcamos que ante Jehová descendiendo al caos y pronunciando el *Fiat lux*, «el fabuloso hijo de Saturno se abisma y cae en la nada».⁴

Otra de las fuentes abundosas de la poesía es la descripción de los cuadros que nos ofrece espontáneamente la naturaleza. Los cielos, la tierra, los mares, las

¹ La ficción cuando es hermosa no es sino la sombra de la verdad, y se deriva todo su mérito de un fondo de semejanza con ella, LA HARPE.

² PSAL. XVII.

³ LA HARPE, citado en el *Genio del Crist.*

⁴ CHATEAUBRIAND, *Geneio del Crist.*, pág. 88.

estaciones, los bosques, las flores, las fuentes y los ríos; ¡cuánta riqueza puede encontrar en ellos la imaginación ardiente de los poetas!

Y sin embargo, también carecían de este recurso todos los vates del paganismo. No conocieron la verdadera poesía descriptiva, que tan ricos veneros ha ofrecido a las musas cristianas. Es cierto que alguna vez ensayaron con felicidad la descripción de algunas pequeñas escenas de la naturaleza. Homero nos presenta una gruta adornada de laureles y de altos pinos, y una colina azotada por los vientos y cubierta de higueras. En la Eneida se oye el gorjeo de las golondrinas en la cabaña del rey Evandro. Horacio y Ovidio bosquejaron también algunos cuadros naturales; pero nunca salieron «de una espesura favorecida de Morfeo, ó de un valle al cual debe bajar Citéres, ó de una fuente donde Baco descansa en el seno de las náyades». El magnífico espectáculo de la naturaleza no era para los antiguos otra cosa que una «invariable tramoya teatral». Si algún mortal se perdía en la espesura de los bosques, ó se paseaba por los amenos valles, ó se sentaba en las márgenes de los ríos, por precisión había de encontrarse con los faunos, y con las dríadas, y con los dulces suspiros de la flauta del dios Pan.

¿Cómo es que los antiguos dotados de corazón sensible y de bellísima imaginación, no tuvieron ojos para contemplar la naturaleza, ni talento para pintar sus escenas?

Los filósofos habían arrojado a Dios de los confines de la creación, y la poesía que no puede vivir sin la divinidad, imposibilitada para devolver por sí misma a Dios al mundo, inventó la mitología, ese pueblo de faunos, de sátiros, de ninfas y de otras locuras semejantes, que poblando el universo de elegantes fantasmas, despojaron a la creación de su gravedad y de su grandeza.

Pero vino la luz del cristianismo, y a su presencia huyeron las tinieblas de la gentilidad, a favor de las cuales vivían ocultas las ridiculeces de la mitología. El verdadero Dios tomó posesión de la naturaleza, y le devolvió su inmensidad y sus encantos. Los bosques elevaron sus bóvedas, los ríos rompieron sus urnas, el desierto se llenó de dulce calma, y la tierra, y los mares, y los cielos cantaron la gloria de Dios.

Ah ! colocado el poeta cristiano en las soledades de la creación enardecida su frente con el contacto de la divinidad, prorrumpe en raudales de la inspiración más sublime.

Escuchad, señores, escuchad los acentos de un alma ardiente, de un corazón sensible, de una imaginación dulcísima.

Era una noche de verano: el poeta estaba en pié junto al mar en calma, bajo

un cielo sin nubes y el suave resplandor de la luna. Sumergido en pensamientos sublimes, escuchad lo que sentía su corazón:

« Deleitando mis ojos, dice, en las olas que blandamente se deshacían en la arena, con blanca espuma y suavísimos murmullos: —¡Cuán sereno, decía yo, cuán sereno está el mar y cuán tranquilo y cuán hermoso de mirar! Ahora un niño le hendiría con su débil brazo, y jugaría y se adormecería sobre sus aguas azuladas; mas cuando se irrita y se encrespa bramando, y avanza hacia la tierra desarrollándose furiosamente en olas espumosas y altísimas, es aquí en ella la imagen más tremenda de la cólera de Dios... Y yo le miraba, y yo sentía con una especie de estremecimiento sublime, porque ahondaba el pensamiento hasta sus más remotas soledades, y pasmábame al considerar con cuán largos brazos ciñe el mar a la tierra, y forma los lindes jamás hollados del mundo.

« Y al ver la inmensidad a mis pies, y al admirar la inmensidad sobre mi cabeza, había en mi alma una como sombra de lo infinito, y esta sombra de lo infinito, me revelaba a Dios. Y como Dios estaba en mi corazón, le veía en todas partes: Dios en el cielo, Dios en el mar, Dios en la tierra... todo lleno de Dios. Y antes, pensaba yo, que hubiese tierra, y mar, y cielo, ya en la noche sin nombre, en la nada solitaria del caos estaba Dios llevando en su seno la eternidad.

«Y permaneciendo en la eternidad, crió al tiempo. Y al comenzar los siglos su carrera majestuosa, y al brotar del caos la tierra como un hermoso relámpago de entre la negrura de una nube, el mar la abrazó soñando, el cielo desplegóse magnífico, el sol derramó torrentes de esplendor, y en medio de tanta juventud, de tanta luz, de tanta gloria, puesto en pie en medio de la tierra, y con la frente elevada al cielo, adoró a su Dios el hombre, más grande que el cielo y que la tierra por cuanto puede comprender quien los hizo.

«Entonces sentí yo en mi corazón toda la majestad de la especie humana; entonces, como si la mano de Dios tocase mi alma, mi alma se engrandeció, se divinizó en cierta manera, y con un gozo que me hacía deleitosamente palpitar, y extendiendo mis brazos, como si hiciera un esfuerzo para abalanzarme al cielo, y con puro ardiente arrebatado entusiasmo:—«¡Cuán hermosos son tus cielos, Señor, exclamé!... ¡Cuán hermoso este universo que a semejanza de santuario magnífico, has alzado en medio del caos resplandeciente!

Todo lo bello es hijo de tu bondad, todo lo terrible de tu cólera;

En todas partes veo tu mano, por todas partes oigo tu voz;

En la flor del valle, en los cedros del Líbano;

En el murmullo del céfiro, en los estampidos de trueno;

En la alegría bulliciosa y magnífica del día, en la callada y melancólica majestad de la noche;

Y aquí en mi corazón».¹

¡ Qué dulce es esto, señores, qué bello, qué sublime! Así lee el poeta cristiano en el gran libro de la naturaleza ! Jamás alcanzaron tanta sublimidad ni Homero, ni Virgilio! Este trozo vale más que todo cuanto escribieron los poetas de la antigüedad. Porque aquí está lo verdadero, sentido de la manera más bella y más sublime.

«Dignos son de lástima los antiguos, por no haber encontrado en el Océano sino el eterno palacio de Neptuno y la indispensable gruta de Proteo. Era en verdad cosa dura no ver sino las consabidas aventuras de los tritones y las nereidas en esa inmensidad de los mares, que parece darnos una confusa medida de la grandeza de nuestra alma; en esa inmensidad que hace nacer en nosotros un vago deseo de abandonar la vida, para abrazar la naturaleza y perdernos en el seno del Supremo Hacedor».²

Si la filosofía y la mitología cortaron los vuelos de la verdadera inspiración poética a las musas del paganismo, no fueron más favorables a las demás artes bellas.

El artista, verdadero sacerdote de la belleza, si ha de llenar su misión, bajo la forma material, plástica, ha de esconder alguna cosa espiritual, intelectual ó moral, que si habla a los sentidos por la materia, hable principalmente al alma por el concepto. «Idealizar lo sensible ó sensibilizar lo ideal; elevar la mirada del hombre desde la realidad mezquina al sublime ideal de la belleza»: he aquí la tarea del artista.¹

Ahora bien: para que el artista traslade a sus creaciones la belleza, es preciso que la conozca y que la sienta; que esté dotado de una exquisita sensibilidad. Y, señores, la sensibilidad está en razón directa de la religiosidad. Al hombre corrompido, al hombre que no tiene más ley moral que la satisfacción de sus pasiones, que no reconoce en sí mismo la imagen de la divinidad... no le habléis de los misterios del alma, ni de las secretas delicias de la virtud: todo esto es un lenguaje para él desconocido. Tiene el alma sumergida en la materia y no puede elevarse a tan sublimes regiones. Y como el espíritu obra sobre el corazón, es imposible que las aspiraciones de éste sean rectas no siéndolo las de aquel.

El mundo pagano había creado todo un pueblo de dioses, pueblo hermoso,

¹ *Obras de APARISI Y GUIJARRO*, T.º 1.º pág. 83.

² CHATEAUBRIAND, *Genio del Crist.*, lib. 4. c. 1.

¹ D. ALEJANDRO PIDAL Y MON, en su obra *Sto. Tomás de Aquino*, pág. 203.

si queréis, y regularizado; pero los moradores de aquel pueblo vivían empapados en néctar, embriagados de ambrosía, y pasaban con indolencia sus días fabulosos, en medio de los festines, de las riñas, de la licencia y de todos los excesos.

El artista, aun suponiendo que su corazón no estuviera endurecido por el vicio, colocado en presencia de aquellos dioses, ¿cómo había de sentirse agitado por el soplo de la inspiración? Cómo había de trasladar al lienzo ó al mármol lo verdaderamente bello, grande y sublime, sino lo encontraba en los tipos que se proponía reproducir? Por eso nunca supieron remontarse sobre la belleza física, sobre la hermosura material. La Venus Anadiomena y la de Praxiteles son un modelo acabado de belleza... pero de belleza humana, envuelta entre nubes de voluptuosidad.

Pero claro está, señores, que esto no podía llenar las sublimes aspiraciones del arte. Era moverse en un círculo demasiado estrecho y rastrero. Había necesidad de remontarse a regiones más altas y serenas para encontrar los tipos perfectos de la verdadera belleza.

Sólo la Religión del Crucificado podía romper aquel círculo de hierro, purificar aquella atmósfera infectada por las pasiones, y dar alas al genio de los artistas para que remontándose sobre las fealdades y miserias de esta tierra impura, entraran en la patria de la luz y de la perfecta hermosura, y contemplaran por sí mismos la fuente y origen de toda belleza, y la copiaran con la perfección que admiramos en los lienzos, en los mármoles y en los bronces.

¡Tan alto subieron los artistas del cristianismo!

Y en verdad, señores, que si Fra. Angélico, y Rafael, y Murillo, y Zurbarán y Velázquez no vieron en el cielo la belleza que tan admirablemente retrataron en sus cuadros, yo no sé en donde pudieron encontrarla!

Miguel Ángel, extasiado ante el cuadro de la Anunciación pintado por el ilustre dominico, exclamó: « un hombre no ha podido pintar esas imágenes, sino después de haberlas visto en el cielo». Y así debió suceder; porque nunca cogía la paleta sin entregarse antes a la oración, y tal vez en alguno de aquellos coloquios con la divinidad, sería arrebatado hasta la presencia de la Purísima é Inmaculada María, en brazos de los ángeles, de aquellos ángeles, que eran su embeleso, y que él dibujaba con tanta delicadeza, y pintaba con tan puros colores, y retrataba con tanto amor, que como dice Vasari, *Paiono veramenti piovuli dal cielo*.

Allí debió aprender también Rafael, el poético, el piadoso Rafael, a retratar en su admirable cuadro de los Desposorios (*Sponsalizio*) aquel aire de cabeza noble

y sencillo, aquella fisonomía grave y hermosa, y aquella actitud celestial con que aparece en tan precioso trabajo la Madre del divino amor y de la santa esperanza.

Y qué os diré de la Inmaculada Concepción de Murillo, de esa Inmaculada, bella, purísima, espiritual, encanto de los artistas y alegría de los ángeles del cielo? Diríase que en un día de fervorosa oración se le apareció la misma Virgen María, entre nubes de rosicler, con su acompañamiento angélico, y que no desapareció de su vista hasta que hubo dado la última pincelada.

Señores, sería nunca acabar si hubiera de contaros la historia del arte cristiano.

El que quiera convencerse por sí mismo, intérnese por las galerías de los museos nacionales, en donde hallará reunido todo lo que de algún valer han producido el pincel y el buril de los tiempos antiguos y de los tiempos cristianos. Compare unas creaciones con otras, que si tiene ojo artístico y corazón sensible, confesará que entre el arte del paganismo y el arte cristiano, media un abismo imposible de salvar, y que no existe más semejanza entre el uno y el otro, que la que existe entre un cuerpo helado por el frío de la muerte y otro cuerpo animado por el misterioso soplo de la vida.

Deténgase también a examinar esa arquitectura gótica, invención propia y exclusiva del catolicismo, bajo cuya inspiración, la materia subyugada por la idea, se levanta aérea, se trasparenta tenue, se afligrana sutil en esos monumentos cristianos, que colocados en medio de las ciudades populosas, se levantan como una oración desde las profundidades de la tierra hasta las alturas de los cielos.

Permitidme, señores, que al llegar aquí, ceda yo la palabra a uno de los hombres más eminentes que han honrado a las letras españolas. Y hágolo con tanto mayor placer, cuanto que sus palabras son el fruto de largos y profundos estudios sobre la causa de la civilización europea, quien después de haber asignado, en distintas épocas de su vida, las varias soluciones de las escuelas racionalistas, últimamente, impelido por la fuerza misma de la verdad, confesó que las maravillas de la civilización europea, se deben únicamente a la Religión Católica.

Sirvan también sus palabras no sólo de confirmación, sino también de resumen de todo cuanto os he dicho en este pobre y desaliñado discurso.

Dice así: «A esa portentosa civilización se debe tolo lo que admiramos y todo lo que vernos. Sus teólogos, aun considerados humanamente, afrentan a los filósofos modernos y a los filósofos antiguos; sus doctores causan pavor por la

inmensidad de su ciencia; sus historiadores oscurecen a los de la antigüedad, por su mirada generalizadora y comprensiva. La *Ciudad de Dios* de San Agustín, es aun hoy día el libro más profundo de la historia que el genio iluminado por los resplandores católicos ha presentado a los ojos atónitos de los hombres. Las actas de sus concilios, dejando aparte la divina inspiración, son el monumento más acabado de la prudencia humana. Las leyes canónicas vencen en sabiduría a las romanas y a las feudales. ¿Quién vence en ciencia a Sto. Tomás, en genio a S. Agustín, en majestad a Bossuet, en fuerza a S. Pablo? ¿Quién es más poeta que Dante? ¿Quién iguala a Shakespeare? ¿Quién aventaja a Calderón? ¿Quién, como Rafael, puso jamás en el lienzo inspiración y vida? Poned a las gentes a la vista de las pirámides de Egipto, y os dirán: Por aquí ha pasado una civilización grandiosa y bárbara. Ponedlas a la vista de las estatuas griegas y de los templos griegos, y os dirán: Por aquí ha pasado una civilización graciosa, efímera y brillante. Ponedlas a la vista de un monumento romano, y os dirán: Por aquí ha pasado un gran pueblo. Ponedlas a la vista de una catedral, y al ver tanta majestad unida a tanta belleza, tanta grandeza unida a tanto gusto,... tanta medida junta con tanto atrevimiento, tanta morbidez en las piedras, y tanta suavidad en sus contornos, y tan pasmosa armonía entre el silencio y la luz, las sombras y los colores, os dirán: Por aquí ha pasado el pueblo más grande de la historia y la más portentosa de las civilizaciones humanas: ese pueblo ha debido tener, del egipcio lo grandioso, del griego lo brillante, del romano lo fuerte; y sobre lo fuerte, lo brillante y lo grandioso, algo que vale más... lo inmortal y lo perfecto».¹ (J)

IV.

MIRAD, señores, lo que pudo la frágil razón humana cuando le fue dado volar con las alas que la fe divina le prestara.

Ah! señores míos, yo no sé, ni nadie podría calcularlo, el grado de civilización a que al presente nos encontraríamos, si la razón, fija su vista en la fe, hubiera caminado siempre la conformidad con las verdades reveladas.

Lo que sí sabemos es que, desde la hora malhadada en que rompiendo todo freno divino y humano, y despreciando el magisterio de la Iglesia y de los genios de la ciencia, la razón humana se lanzó sola y atrevida en busca de nuevos rumbos y de nuevos horizontes por el inmenso campo del saber, la verdadera ciencia, la ciencia que pone en nuestras manos el conocimiento de Dios y del hombre; el origen de

¹ DONOSO, *Ensayo sobre el Catolicismo el liberal. y el social.*, lib. 1,º c. 3.

nuestro ser, y el término final de nuestra existencia; la ciencia que posee los verdaderos principios de la moralidad, y nos enseña a ser buenos y justos; la ciencia que enseña a los gobernantes a mandar en el nombre de Dios, y a los pueblos a respetar y obedecer a los representantes de la autoridad; esta ciencia, señores, anda en la tierra olvidada casi por completo. En su lugar se ha puesto una ciencia impía, racionalista, atea: una ciencia cuyo dorado sueño es el aniquilamiento de toda civilización cristiana, para retroceder a la civilización racionalista del paganismo.

Sí, señores: lo he dicho y no retiro la palabra.

Desde que se ha convenido en apagar las luces de la revelación, la ciencia retrocedió en su camino, y paso por paso ha ido descendiendo hasta los tiempos del paganismo. ¿Qué tienen que envidiar a los filósofos de Grecia y de Roma, los flamantes doctores de la ciencia moderna? Desde que encontraron estrechos los círculos en que se mueve la ciencia católica, y arrojaron como insoportable el yugo de la fe, y dejaron caminar a la razón por los senderos que fueran más de su agrado, ¿qué nuevas verdades han descubierto? ¿qué riquezas ignoradas han llevado a los tesoros de la ciencia?

Ningunas, señores, absolutamente ningunas. Es más: ni siquiera han encontrado nuevos errores que oponer a las verdades de la filosofía católica. No han hecho más que revolver los de los tiempos pasados y presentarlos bajo formas más ó menos variadas.

Cuidado, señores, que yo no quisiera que se interpretaran mal mis palabras.

Al afirmar que la ciencia moderna, no sólo no ha dado un paso en los caminos de la verdad, sino que ha retrocedido hasta los tiempos antiguos, no hablo de las ciencias físicas y experimentales, cuyos maravillosos adelantos yo amo y respeto como el que más. Hablo sólo de las ciencias filosóficas y sociales; de esas ciencias de absoluta necesidad para el mundo, porque a ellas está encomendada la resolución de los problemas que más interesan a la humanidad.

Pues bien, señores, esas ciencias giran en el día al rededor de estos dos principios: Los metafísicos han dicho: «basta ya de fe: no queremos oír otra voz que la voz de nuestra razón; ni admitimos revelación alguna que esté más alta que nuestras facultades»: y los partidarios del experimentalismo han contestado: «basta ya de metafísicas: no admitimos elevaciones espiritualistas que excedan nuestros procedimientos empíricos».

Y claro está, sentados estos principios, las consecuencias eran inevitables.

Si la razón humana se basta a sí misma ¿qué necesidad tenemos de Dios? Si no se admite otra cosa que lo tangible con las manos, ¿qué necesidad tenemos del alma racional y espiritual con sus destinos inmortales?

Por eso no han faltado maestros que se han atrevido a decir ante la faz del mundo: «La ciencia ha concedido el retiro al padre de la naturaleza, ha despedido a Dios más allá de sus fronteras, agradeciéndole, no obstante, los servicios que tenía prestados».¹ «La filosofía, ha dicho Gleisberg, no pasará de ser un juego de niños, hasta que los sabios tengan la suficiente sinceridad para reconocer y afirmar que el hombre jamás se ha distinguido de los animales y vegetales por la posesión de un alma que ni existe ni puede existir».²

Y esos sabios dotados de la *sinceridad* que Gleisberg desea se han presentado y lanzando un insulto al sentido común, a la experiencia y a la sana filosofía, han negado a Dios, y el alma racional, y la vida futura, y las leyes de la moralidad. Y esos sabios tan *sinceros* se llaman, Proudhon, el impío y blasfemo Proudhon, padre de los socialistas y nihilistas, que son al presente el terror y el espanto de las naciones europeas: Darwin, que venera en el chimpancé la memoria de sus abuelos: Hartman, el panegirista de la ética del budhismo: Herbart, que negando la libertad humana, sostiene que los actos de nuestra voluntad pueden sujetarse a fórmulas algebraicas: Schopenhauer, que afirma que el entender es una función del cerebro, como la digestión lo es del estómago: y finalmente Huxley, que con la mayor *sinceridad* del mundo, escribió este *magnífico* trozo de filosofía moderna: «Sabemos, dice, que una corriente eléctrica, según sus grados de intensidad, produce una luz, ora de un rojo pálido, ora de un rojo brillante, ora blanca, a veces deslumbradora: pues bien, figuraos que el sistema nervioso es el hilo eléctrico, y tendréis explicados los varios estados de la conciencia, por las diversas intensidades de la corriente».¹

Ahí tenéis, señores, la ciencia que le han regalado al mundo esos *sincerísimos* maestros, que comienzan en Descartes y terminan en Sanz del Río.

Poned estos sabios modernos frente a frente de los sabios paganos: cotejad las doctrinas de los unos con las doctrinas de los otros: en el fondo, en lo esencial, ¿encontraréis alguna diferencia? Si creyéramos en la trasmigración de las almas, ¿no podríamos sospechar que, después de quién sabe cuántas idas y venidas por esos mundos imaginarios, las almas de Platón y Aristóteles, y Cicerón y Séneca, y de todos los filósofos griegos y romanos, habían vuelto a este miserable mando con las mismísimas opiniones, pero con los nombres de los sabios en la ciencia moderna?

¹ Palabras que cita el SR. POU Y ORDINAS en su discurso sobre Sto. Tomás de Aquino.

² De l' instinct et de la volonté libre, citado por el mismo.

¹ Les critiques de Darwin en Angleterre.

Para que la semejanza fuera completa, sólo faltaba que nos enseñaran las mismas doctrinas de los antiguos respecto de la sociedad.

Y, señores, las enseñaron. ¿Pues no las habían de enseñar? El grave suspendido sobre el abismo, roto el hilo que lo sostenía, ¿podrá no precipitarse en sus negras profundidades?

Privado el hombre del alma racional, sin destinos inmortales y sin poder elevar al cielo sus ojos suplicantes, porque, si allí no está Dios, no encontrará más que el vacío; sin amor, sin fe, sin esperanza; sin otra ley moral que el instinto de las pasiones; rebajado, en una palabra, a la categoría de los brutos, ¿qué otras relaciones sociales se le habían de dar que no fuera el temor de la opresión y de la fuerza bruta?

Por eso entre las innumerables teorías que privan hoy entre los hombres de la ciencia jurídica y social, no encontraréis ninguna que no esté basada, más ó menos explícitamente, en este principio: *Nullum imperium sine pacto*: el pacto social de Rousseau: la voluntad nacional: la voluntad de las mayorías: la voluntad del príncipe; siempre y en todas partes la contingente y veleidosa voluntad del hombre: y, señores, la voluntad, sino está regulada por la razón divina y humana, suena lo mismo que arbitrariedad, opresión, despotismo.

Ved, pues, si yo estaba, ó no, en lo justo cuando os decía, «que el sueño dorado *de* la ciencia moderna es el aniquilamiento de toda civilización cristiana, para retroceder al los tiempos del paganismo».

Pero, ah ! el castigo no se ha dejado esperar, que las mismas causas producen siempre los mismos efectos.

Si la ciencia separada de Dios llevó los pueblos del paganismo antiguo «rodando de abismo en abismo, de sofista en sofista y de tirano en tirano, hasta caer en la mano de Calígula, monstruo horrendo y afrentoso, con formas humanas, con ardores insensatos y con apetitos bestiales»: ¹ esa misma ciencia se ha despeñado también, en los tiempos modernos, en profundos abismos de humillación y de ignominia. El hombre que no quiso humillar su frente y adorar a Dios, vino a parar en «adorarse a sí propio en una prostituta, para derribarse a los pies de Marat el tirano, cínico y sangriento; y a los de Robespierre, encarnación suprema de la vanidad humana con sus instintos inexorables y feroces». ² ¡Justo y merecido castigo, que los que no quisieron someterse a la autoridad paternal de un Dios amoroso, vengan a caer esclavos bajo la mano férrea de los hombres más viles y despreciables!

¹ DONOSO, *Ensayo sobre el Catolicis*. L. 1.^o c. V, pág. 69.

² *Ibidem*.

¡Y ojalá que parara en esto la ignominia de la ciencia descreída! Pero el horizonte se cierra en tinieblas cada vez más densas y aparecen delineados, bajo enlutado cielo, abismos más hondos y más oscuros. ¡Ay de la sociedad, si la ciencia no detiene sus pasos para volver otra vez al seno del Catolicismo! «Tal vez se remueve ya en el cieno de las cloacas sociales el que ha de ajustar su cerviz el yugo de sus impúdicas y feroces insolencias».³ (k)

He concluido, señores: mas antes de abandonar esta tribuna, séame permitido dedicaros mis últimas palabras, ya que habéis tenido la bondad de escucharme con paciencia.

Yo sé que me dirijo a una academia de sabios, que se gloria de estar colocada bajo el patrocinio del Ángel de las Escuelas, síntesis de la ciencia sometida a la revelación. Y esto, señores, vale tanto como decir de vosotros, que tenéis á la fe por norte de vuestras investigaciones científicas.

Y vosotros mismos habéis manifestado estos sentimientos en dos ocasiones solemnes, cuando en Claustro pleno, y con motivo de la Encíclica *Æterni Patris* primero, y después con ocasión del Breve *Cum hoc sit*, enviasteis un mensaje de adhesión entusiasta al supremo Jefe del Catolicismo, S. S. León XIII, protestando ante la faz del mundo científico, que sois fieles discípulos de Sto. Tomás, y que fundáis vuestras teorías en la amplia é incommovible base que el Doctor Angélico asentó para la verdad.

Pues bien, señores: al tener la satisfacción de felicitaros por unos actos que tanto honran a esta Universidad, y a todos y a cada uno de los que formáis tan respetable corporación, séame lícito recordaros que la Iglesia y la sociedad tienen derecho a exigir vuestra cooperación en la gloriosa empresa de contener las devastaciones, que en todas partes lleva a efecto la ciencia impía.

Esas insignias del saber, que ostentáis con legítimo orgullo, exigen también de vosotros que cada uno en su propia esfera, contribuya a la grande obra de la restauración de la verdadera ciencia

Oh! y cuanto bien podéis hacer! En vuestras manos están las inteligencias y los corazones de esa juventud, que, ávida de saber, se agolpa a las puertas de las aulas para recibir de vuestros labios la semilla de la ciencia.

Sea vuestro principal cuidado inculcarles la armonía que existe entre la fe y la razón: que las verdades que pueda descubrir el entendimiento, jamás podrán oponerse a las verdades reveladas; porque, señores, la verdad es una: «*El Verbo de*

³ *Ibidem.*

Dios en las alturas»: ¹ foco luminoso de donde parten todos los rayos de luz que iluminan las inteligencias creadas.

He dicho.

NOTAS:

(a) « El verdadero teatro de los trabajos del historiador de la filosofía, de la erudición, de la crítica, es y será siempre la antigüedad clásica. Allí es donde se han formado los tres grandes historiadores Brucker, Tiedemann y Tiennemann; y allí, por decirlo así, se han dado cita los que hoy consagran su vida a la historia de la filosofía». — COUSIN, *Cours de 1828*, lec. 13. citado por Ráulica.

(b) He aquí las palabras cuya traducción damos en el texto: «Animal hoc providum, sagax, multiplex, acutum, memor, plenum rationis et consilii, quem vocamus hominem, præclara quadam conditione generatum est á Deo supremo. Ex quo efficitur illud ut is agnoscat Deum qui unde ortus sit quasi recordetur et noscat. Est igitur homini cum Deo similitudo». —CICERO, *De Leg. I.*

«Primi Nomines alti spiritus viri, et, ut ita dicam, a Diis recedentes». —SENECA *Epist. XC.*

«Dixitque semel nascentibus Auctor quidquid scire libet». —LUCAN., *Pharsalia.*

«Utinam possem ea sorte gaudere, actionum mearum sanctimoniam perpetuo custodiendi juxta sublimes leges de coelo demissas: rex Olympi earum quippe pater est. Non eæ ab homine procedunt, easque nunquam delebit oblivio. O Deus! ego te invoco, nec unquam in Deo auxilium meum» . —OEDIP., *Rex*, vers. 863.

Creeríase escuchar al Sto. Rey David cuando decía: «*Mihi autem adhærere Deo bonum est, ponere in Domino Deo spem meam*» . — PSAL. LXXII, 28.

Sería de desear que algún sabio erudito, y de buena fe, se ocupara en escribir alguna obra sobre el origen de la civilización a que llegaron aquellos grandes pueblos, el Egipto, Grecia y Roma. Se descubrirían, estamos seguros, cosas muy importantes para la causa de la verdad. Por de pronto, en lo que respecta a las grandes verdades del orden filosófico, teológico y moral que se hallan en los sabios griegos y romanos, es indudable que gran parte de ellas pudieron ser tomadas de los libros sagrados de los hebreos.

Véase lo que sobre este particular sentía el Conde de Maistre: «La traducción de los libros sagrados en una lengua que llegó a hacerse universal, la dispersión de los judíos por las diversas partes del mundo, y la curiosidad natural al hombre por todo lo nuevo y extraordinario, habían hecho conocer en todas partes la ley mosaica, que llegó por este medio

¹ *Fons sapientiæ, verbum Dei in excelsis.* —ECCLI I. 5.

a ser una introducción del cristianismo. Hacía mucho tiempo que los judíos servían en los ejércitos de varios príncipes, que los empleaban con gusto a causa de su reconocido valor y de su fidelidad sin igual. Alejandro, sobre todo, sacó gran partido de ellos y les manifestó mucha predilección. Sus sucesores al trono de Egipto le imitaron en este punto, y dieron constantemente a los judíos infinitas pruebas de confianza. Lago confió a su custodia las plazas más fuertes de Egipto, y para conservar las ciudades que había conquistado en la Libia, no encontró ningún medio mejor que enviar a ellas colonias de judíos. Uno de los Ptolomeos, sus sucesores, trató de hacerse con una traducción de los libros sagrados. Evergetes, después de haber conquistado la Siria, vino a tributar acción de gracias a Jerusalén: ofreció a Dios un gran número de víctimas, é hizo ricos presentes al templo. Philometor y Cleopatra confiaron a dos judíos el gobierno de su reino y el mando de su ejército. Todo, en una palabra, justificó el discurso de Tobías a sus hermanos: *Dios os ha dispersado entre las naciones que no le conocían, con el fin de que vosotros les hicieseis conocer sus maravillas, enseñándoles que El es el sólo Dios, el sólo Omnipotente*».¹ — *Veladas de San petersburgo*, Vel. 9.^a

(c) Para convencerse de que el fundamento sobre el cual los filósofos paganos edificaban toda su ciencia, era el mismo que han dado a la suya los modernos racionalistas, véanse las palabras de dos sabios de los más eminentes de la antigüedad: «Ego sum ejusmodi: ut nulli alii credam nisi rationi quæ mihi consideranti optima visa fuerit». PLATO, *Stromat.*, I.—« Cum suo quisque judicio sit utendum, difficile factu est me id sentire quod tu velis».—CICERO *De Nat. Deor.*, lib. III. Y en otro lugar: «Protagoras putat id verum esse quod cuique videatur». — *Acad.*, I.

(d) Véanse las mismas palabras de Ciceron: «Cum multæ res in philosophia nequaquam satis explicatæ sint; tunc perdifficilis et perobscura quæstio est de natura deorum, in quo tam variæ sunt doctissimorum hominum, tamque discrepantes sententiæ, ut magno argumento esse debeat: causama, id est principium philosophia, esse inscientiam; prudenterque academicos à rebus incertis assensionem cohibuisse».

«Admirabar tarditatem eorum (*Platonicorum*) qui Deum rotundum esse velint, quia ea forma ullam negat esse pulchriorem Plato. At mihi vel cylindri, vel quadrati, vel conii, vel pyramidis videtur esse formosior».

«Anaximandri opinio est, nativos esse deos, longis intervallis orientes occidentesque. Sed nos Deum, nisi sempiternum, intelligere qui possumus».

«Crotoniates qui soli et lunæ, reliquisque sideribus animoque divinitatem dedit, non sensit sese mortalibus rebus immortalitatem dare».

«Pythagoras, qui censuit animiun esse per naturam rerum omnem intentum et cornmeantem, ex quo animi nostri caperentur, non vidit, distractione humanorum animorum, discerpi et dilacerari Deum. Cur autem quidquam ignoraret animus hominis, si Deus esset?»

¹ TOB., XIII, 4.

« Empedocles in deorum opinione turpissime labitur; quatuor naturas, ex quibus omnia constare vult, divinas esse censet, quas et nasci et extingui perspicuum est. Neque vero Protagoras, qui sese negat de diis habere quod liqueat, sint, non sint, quodque sint, quidquam videtur et natura deorum suspicari. ¿Quid Democritus? Cum neget esse quidquam sempiternum quia nihil semper suo statu manet; Deum ita tollit omnino, ut nullam opinionem ejus reliquam faciat».—CICERO *De Nat. Deor.*, lib. I.

« Est enim philosophi de Diis immortalibus habere non errantem et vagam, at Academici, sed ut nostri, stabilem certamque sententiam».— *Ibid.*, lib. II.

«Zeno... alio loco æthera Deum licit, aliis libris rationem quamdam per omnem pertinentem naturam, tum divinam esse affectam putat. Idem astris hoc tribuit, tum annis, mensibus annorumque mutationibus. Cum Hesiodi *Theogoniam* interpretatur tollit omnino insitas perceptasque cognitiones deorum».—*De Nat. Deor.*, lib. I.

«Exposui non philosophorum judicia, sed delirantium somnia; nec enim multo absurdiora stint ea quæ, poetarum vocibus, ipsa sua suavitate, nocuerunt».—*Quæst. acad.*, I.

(e) «Quid sit porro ipse animus, aut ubi, aut unde, magna dissensio est. Aliis cor ipsum animus videtur. Empedocles animum censet cordi suffusum sanguinem. Allis pars quædam cerebri visa est animi principatum tenere. Aliis nec con ipsum placet, nec cerebri partem quamdam esse animum, sed alii in corde, alii in cerebro dixerunt animo esse sedem et locum.

Zenoni stoico animus ignis videtur. Aristoxenus, musicus idemque philosophus, animum esse ait intentionem vel incensionem ipsius corporis quamdam, velut in cantu et fidibus, quæ harmonía dicitur. Xenocrates animum numerum dixit esse, cujus vis, ut etiam ante Pythagoræ visum erat, in natura maxima esset.

Sunt qui discessum animi á corpore putant esse mortem; sunt qui nullum censent fieri discessum, sed una animum et corpus occidere, animumque cum corpore extingui. Qui discedere animum consent, alii statim dissipari, alii diu permanere, alii semper.

Harum sententiarum quæ vera sit Deus aliquis viderit, quæ vero similis magna quæstio est».—*Tuscul.*, lib. I.

«...Nescio quomodo, dum lego, assentior; cum posui librum, et mecum ipso de immortalitate cœpi cogitare assensio omnis illa dilabitur».—*Ibid.*

(f) Ya que en el texto hemos nombrado a Horacio, pondremos tambien aquí sus opiniones sobre la misma doctrina. Dice así:

Cuando del suelo por la vez primera
La raza pululó de los humanos,
Sustento y madriguera
Mudos, cual muda fiera,

Disputaron con uñas y con manos.
 Con palos pelearon en seguida,
 Y armas más tarde usó su enojo ciego,
 Que la necesidad fabricó luego:
 En un lenguaje al fin convino el hombre,
 Y a cada objeto señaló su nombre.
 Cesó entonces la guerra encarnizada;
 Los pueblos mal seguros,
 Se rodearon de elevados muros,
 Y la ley acatada,
 Al adúltero y ladrón señaló pena:
 Pues mucho antes que naciere Helena,
 De guerra atroz y dura
 Fue causa amor, y fuelo la hermosura;
 Si bien a aquel que como bruto andaba,
 Y en pos la vaga Venus se lanzaba,
 Rival de más valor daba la muerte,
 Cual mata al toro débil toro fuerte.
 Que para reprimir toda violencia
 Se inventaron las leyes,
 De los siglos pasados la experiencia
 Lo prueba y de los fastos la lectura;
 Pues si basta natura
 Lo útil á discernir de lo dañoso
 No de lo justo así lo criminoso.

HORATIO, *Sátiras. lib. 1. Setir. 3.*

(Traducción del verso latino al castellano por Balmes.)

(g) Nadie se asuste ni tenga por exagerados los encomios que hemos hecho de la Edad Media. Para que se vea que no son exclusivas apreciaciones nuestras, y que no pretendemos que se nos crea bajo nuestra palabra, bien desautorizada por cierto, nos escudaremos con la autoridad de hombres muy respetables y nada sospechosos en la materia.

Cesar Cantú, vindicando los siglos medios de las injustas y calumniosas inculpaciones de los partidarios de ciertas escuelas, niégales en primer término la competencia para formar juicios acertados acerca de una época que se halla muy por encima de sus mezquinas intenciones, y dice lo siguiente: «Cómo unos siglos cuyo carácter es la medianía, la nivelación, han de formar juicios acertados acerca de épocas y de hombres extraordinarios? Por ventura el que atiende solamente a la elegancia y urbanidad de las costumbres, a los refinamientos del lujo y al bienestar de la vida, puede encontrar en la edad media otra cosa más que depravación é infortunio?... ¿Cómo ha de penetrar en el corazón de aquellos tiempos aquel que no deponga los hábitos de nuestro siglo, sumido en un cúmulo de libros, metales, alambiques y cadáveres?»

Habla después de los historiadores, como Gibbon, que no se cansaron de acumular diatribas y desprecios sobre aquella época, y dice: «Estos son los historiadores en quienes generalmente aprenden los italianos a conocer y despreciar la edad media. Yo también he leído sus libros con toda el ansia y el deleite que arrastra a la juventud hacia las cosas prohibidas; y a mí también me deslumbraron, como acontece en la edad que absorbe y cree; pero cuando he llegado a aquella en que se compara y se elige, empezó a parecerme soberbia semejante modo de enumerar entre los bárbaros a Carlomagno, Gerberto, Godofredo de Bullon, Luis IX, Felipe Augusto, Fernando de Castilla, Alfredo, Canuto, Juana de Arco, Tomás de Aquino, Alberto el Grande, Dante: se me resistía declarar como toscas a las edades en que se construyeron Westminster y Ntra. Señora de París; las maravillas de Granada y de Toledo; las catedrales de Reims, de Amiens, de Autun, de Colonia, de Ruan, y tantas otras fantásticas creaciones de un orden original, que sólo la pedantería puede llamar bárbaro; los siglos en que se inventaron los relojes, los molinos de viento, el papel de trapo,... la pintura al óleo, los hospicios para los ancianos y para los niños; en que un fraile anunció los antípodas, y otro los globos aerostáticos y el vapor;... en que se resolvieron los problemas más difíciles de la mecánica: en que se dio a la química el alumbre, la sal amoniaco, el agua fuerte y los más de los álcalis... a la observación los lentes, a la navegación la brújula; y en que quedaron asegurados todos los progresos con la invención de la pólvora y de la imprenta». — *Discurso sobre la Edad Media*, pág. 7 y 11. de la edición de Gaspar y Roig.

«El siglo XIII, dice el erudito y elegante escritor D. Alejandro Pidal y Mon, es la cima culminante de la Cristiandad en la historia. Los gérmenes de vida que el cristianismo había depositado en la tierra, ahogados en sangre por la tiranía del imperio romano, sacudidos con fuerza por las violentas irrupciones de los bárbaros, sofocados por la cizaña de las herejías sembrada en la viña del Señor por la mano del abismo, se desenvuelven bajo el peso de todas las persecuciones, crecen rápidamente a través de todos los obstáculos, y a pesar de las imperfecciones propias de toda obra en que tiene lugar el elemento humano, el árbol de la civilización cristiana se desarrolla corpulento, y de sus ramas bienhechoras penden los regalados frutos del bien, de la verdad y de la vida, y brotan en sus tallos como las flores de la belleza, las obras maestras y maravillosas del arte cristiano». — *Sto. Tomás de Aquino*, cap. VI, pág. 225.

(h) Bien sabemos que nuestras palabras no serán bien recibidas por cierta clase de literatos, entusiastas exaltados de la clásica antigüedad. Mas para que los hombres imparciales puedan juzgar por sí mismos, trasladaremos aquí, en cuanto lo permita la naturaleza de este trabajo, algunos trozos de la *Ilíada*, como testimonio fehaciente de cuanto decimos en nuestro pobre discurso.

El libro cuarto nos ofrece un magnífico ejemplo de la paz, y santidad, y justicia y sobre todo de la sublime grandeza de aquellos dioses que los hombres se hablan fabricado. Véase:

«.,. Iracunda Juno
 replicó todavía... (a *Júpiter*.)
 Yo soy diosa también, y mi linaje
 es el mismo que el tuyo, pues soy hija
 del anciano Saturno; y respetada
 debo ser por mi alcurnia, y porque el nombre
 llevo de esposa tuya y soberano
 eres tú de los Dioses. En contiendas
 cual la presente, que cedamos justo
 es uno de los dos; porque si hoy cede
 al mío tu deseo, acaso un día
 habré yo de ceder; y así en el cielo
 no reinará la división...»

En el libro octavo aparece el pobre Júpiter, para hacerse obedecer de todos los dioses, amenazándoles de esta manera:

«... El Dios que inobediente
 bajare a socorrer a los Aqueos
 ó a los Troyanos, volverá al Olimpo
 con afrentosa herida, ó en mi saña
 asiéndole con brazo poderoso,
 le arrojaré del Tártaro sombrío
 al último confín.

 Así conocerá cuánto ventaja
 mi poder al de todas las Deidades.
 Si vosotros dudáis, mostrad ahora
 vuestro valor. Del estrellado cielo
 en lo más alto atad una cadena
 de oro macizo, y agarrados todos
 a la punta inferior, Dioses y Diosas
 hacia abajo tirad,¹ y a vuestro padre
 no arrastraréis a tierra desde el éter,
 por más que trabajéis. Mas si yo quiero
 a todos levantaros, al Olimpo
 os subiré, las tierras y los mares
 levantando también».

¹ Puede darse idea más ridícula de la divinidad que la que nos ofrece Homero en estas palabras? Los *dioses* y *diosas* agarrados todos al extremo de una cadena, aunque esta sea de oro, y haciendo esfuerzos para arrastrar al *Tonante* ¿todo esto no es un juego de chiquillos y de chiquillos traviesos? ¡Y aun hay hombres formales que se entusiasman con este y otros parecidos pasajes de Homero, y los proponen como modelos de grandiosidad y sublimidad!

(i) Véase íntegro el trozo a que nos referimos en el texto:

«Así los Dioses que a la lid bajaron
 con su voz animaban al combate
 a Griegos y Troyanos, y rompieron
 en medio de ellos la fatal contienda.
 El padre de los hombres y los Dioses
 de lo alto del Olimpo tronó horrendo:
 de la anchurosa tierra los profundos
 cimientos y la cumbre de los montes
 agitaba Neptuno: y retemblaron
 del Ida todo los humildes valles,
 las fuentes de los ríos, las alturas,
 de Troya la ciudad, y los navíos
 de los Aqueos. En su negro alcázar
 se estremeció Plutón y de su trono
 saltó azorado, y en horrendas voces
 espantado grito;.....

 A Neptuno
 hacía frente Apolo con el arco
 y voladoras flechas; contra Marte
 Palas marchó, la de brillantes ojos,
 y contra Juno la potente Diosa
 que entre los gritos de la caza hiere
 con flecha de oro a las errantes fieras
 de los bosques, Diana, que de Apolo
 es hermana carnal»,

ILIADA, Lib. XX. Traducción de Hermosillo.

(j) Son tan vivos los destellos que brotan de la verdad católica, que iluminan no sólo a los genios que han sometido humildemente su pluma a la autoridad de la fe católica, sino también á los impíos más obstinados en cerrar sus ojos a todo rayo de luz venido del cielo. Véanse las palabras de un hombre tristemente célebre, por la sangre fría con que arrojaba de su boca las más horribles blasfemias: «C' est elle (la Religión Católica) qui cimienta les fondements de la société, qui donna l' unité et la personnalité aux nations, qui servit de sanction aux premiers législateurs, anima d' un souffle divin les poètes et les artistes, et, placant dans le ciel la raison des choses é le terme de notre espérance, répandit á flots sur un monde de douleurs la sérénité et l' enthousiasme... Comme elle sait ennoblir le travail, rendre la douleur légère, humilier l' orgueil du riche, et relever la dignité du pauvre! Que de courage elle échauffa de ses larmes ! Que de vertu elle fit éclore!... La Religion á créé des types auxquels la science n' ajoutera rien ».—PROUDON, citado por l' abbé Moigno en su obra «Les Splendeurs de la Foi».

Oigamos por último el testimonio de Voltaire: «Al ver a la razón hacer progresos tan pasmosos, pero tan sólo desde el momento de la predicación del Evangelio, bien podéis considerar la fe como una aliada que debe venir en vuestra ayuda, y no como un enemigo a quien es preciso atacar. Debéis estimarla y no temerla». —Citado por Augusto Nicolás en el T.º 3.º de sus «Estudios filosóficos».

(k) Son tan pavorosos los nublados que se ciernen tiempo ha sobre la sociedad contemporánea, que con razón se hallan sobrecogidas de terror todas las naciones europeas. Y en verdad, quién no se llenará de espanto a la presencia de esos conatos de regicidio, tan repetidos en nuestros días? ¿Quién no se estremece de horror ante el cadáver del Emperador de Rusia, víctima de las ideas demagógicas tan extendidas por las modernas sociedades?

A raíz de tan horrendo crimen, *La Ilustración Católica* del 21 de Marzo de 1881, escribía las siguientes palabras; « El Czar de Rusia acaba de ser víctima de la ferocidad de un chico de 21 años. ¿Quién ha engendrado ese monstruo imberbe, que en los umbrales de la juventud muestra la ferocidad de un hombre avezado en el crimen? Ese monstruo, vástago de numerosa familia de regicidas propagada por todo el mundo, es fruto de las ideas demagógicas que hace un siglo se están enseñando en la prensa, en los libros, en las cátedras, en los Parlamentos;... consecuencia lógica de las premisas sentadas por la ciencia moderna, emancipada de la verdad y del honor... ¿Quién tiene derecho a protestar de ese crimen? Los que han engendrado a los asesinos?... Los que han encendido la llama del odio en el corazón de los regicidas?... Tenemos derecho a protestar los católicos; los que a toda hora anunciamos el extravío de las ideas, lamentamos la decadencia de las buenas costumbres, combatimos el espíritu de rebelión que se apodera de todas las clases sociales, y pedimos la libertad de la Iglesia y la represión de la demagogia... ¿Llegará nuestra protesta, la única protesta sincera, al corazón de todos los príncipes?»

